

Objetivo: TIERRA

CLARK CARRADOS

OBJETIVO: TIERRA

CLARK CARRADOS

Colección
ESPACIO, EL MUNDO FUTURO, nº 16
EDICIONES TORAY, S. A.

PRÓLOGO

Esta es la historia de la conquista de la Tierra por los hombres de Marte. Todo cuanto se ha escrito acerca de aquella horrible conflagración ha sido por personas que sustentaban el punto de vista del vencido, es decir, de los terrestres. Pero, sin regatear esfuerzos ni sacrificios, hemos adquirido, para nuestro planeta, los derechos de publicación del «bestseller» sideral de los últimos tiempos, un éxito editorial como pocos se recuerdan, un éxito que, traducido a cifras que con su frío laconismo darán una idea exacta de lo que se pretende demostrar, significa un total de ciento dieciocho millones de ejemplares en las sucesivas ediciones tiradas hasta ahora en Marte por Ediciones Syrthea, S. A., y de la que, tras largas fatigosas negociaciones, hemos podido obtener la exclusiva de la publicación de OBJETIVO: TIERRA para todos los idiomas de nuestro globo terráqueo.

El lector se apasionará, sin duda alguna, olvidados ya los naturales prejuicios que pueda sentir hacia quien hizo factible para los suyos la conquista de la Tierra, con las aventuras de Jadhuz, el héroe marciano. En la versión del único idioma de Marte al nuestro hemos procurado, conservando desde luego la idea original, traducir las frases y modismos marcianos, sustituyéndolas por otras nuestros de idéntico o similar significado, con objeto de que, en ningún momento, padezca ni decaiga el interés de la narración. Ha pasado ya mucho tiempo desde aquella que fuera la primera e inesperada guerra planetaria, en la cual, justo es reconocerlo, fuimos vencidos en toda línea, y por eso este libro hoy puede leerse desapasionadamente, sin las prevenciones que hubiera sido acogido al poco tiempo de concluirse dicho conflicto. Pero, como también verá el lector, Jadhuz rinde su homenaje a la valentía, astucia e inteligencia de los terrícolas que se resistieron ferozmente a ser conquistados y que lucharon tenazmente por la independencia de su planeta hasta que no les cupo duda alguna de que la suerte de la batalla se había inclinado inexorablemente al bando del invasor. Invasor entonces y hoy nuestro más sincero y rendido amigo y que ha colaborado eficazmente con nosotros en la transmisión de algunos de sus más destacados inventos y de los cuales no se tenía idea en la Tierra o, si se tenía, se consideraban punto menos que irrealizables, utópicos hubiera sido la palabra más exacta.

Y, dejándonos de más disquisiciones, pasando a la acción de OBJETIVO: TIERRA, que sea Jadhuz el héroe marciano, quien tome la pluma, rogando benevolencia con los posibles defectos de que, inevitablemente, toda traducción está salpicada y teniendo en cuenta

que es un hombre de otro mundo, un hombre de ideología e idiosincrasia completamente distintas a la nuestra el que habla.

CAPÍTULO PRIMERO

Las nubes eran alternativamente de color rojo y negro, disipándose de vez en cuando al soplo de abrasadora brisa, que cesaba muy pronto para dejar que los fúnebres celajes de la tormenta me envolviesen, arrastrándome y llevándome consigo, a pesar de mis esfuerzos, a lugares próximos a la muerte. Las ondas de dolor iban y venían alternativamente, en estremecedoras mareas que me llegaban hasta la medula de los huesos, sacudiéndome en terribles convulsiones que no podía evitar a pesar de mis esfuerzos de autosugestión. Pero súbitamente tras un ramalazo más violento que los demás, un claro de color verde pálido, constituyendo un verdadero regalo y un tranquilizador descanso para mis nervios torturados, apareció súbitamente ante mi vista.

Quise incorporarme en la cama, pero volvió el dolor a mí, recorriéndome desde las uñas de los pies hasta el cuero cabelludo y, haciéndome sangrar los labios para evitar un alarido de dolor, me dejé caer hacia atrás, desalentado, perdido el ánimo.

Oí unas voces a mi lado:

—Ha abierto los ojos, doctor.

—Sí, parece que recupera el conocimiento. Haremos que descanse unas cuantas horas más. Le conviene.

En medio de mi semiinconsciencia, en la que el sufrimiento ponía una pincelada de rojo intenso, sentí la agradable frescura de una mano al cogerme por el brazo y a continuación un leve pinchazo.

Noté cómo un líquido penetraba en mi carne a través de la aguja hipodérmica, y el mar doloroso fue cediendo en sus embates. Poco a poco, el verde pálido de los muros que me circundaban fue oscureciéndose, hasta desaparecer de repente tras el negro telón del sueño que me invadió.

Lo más probable es que durmiera una docena de horas, pero a mí me pareció que acababa de recibir la inyección. No obstante, si sentí despertarme, no quise abrir esta vez los ojos. A pesar de que todavía sentía dolores en mi maltratado cuerpo, habían cedido lo suficiente para ser relativamente soportables y dejé que mis tímpanos percibieran la conversación que se estaba desarrollando en la estancia en que me encontraba.

—¡Caramba, doctor Harrison! Es verdaderamente asombroso. Nunca había visto un caso igual.

—Estoy en sus mismas condiciones, doctor Lorenzi. Seis millones y medio de glóbulos rojos por milímetro cúbico es para asombrar a cualquiera.

—Es la primera vez, en mi vida profesional, que veo un caso

semejante. Y he presenciado casos rarísimos.

—Pero nunca un hombre que, después de haber perdido casi dos litros de sangre, dé todavía un porcentaje tan elevado de hematíes.

—Eso quiere decir...

—Que en condiciones normales, la sangre de este sujeto debe alcanzar un término medio de siete millones y medio a ocho de glóbulos rojos por milímetro cúbico.

—Me deja usted estupefacto, doctor Harrison. ¿Qué opina usted del caso?

—Todavía le falta algo mucho más sorprendente que conocer, doctor Lorenzi.

—¿Más sorprendente aún? ¡Imposible! Como no me diga que el paciente tiene cuatro brazos y cuatro piernas y no se las veo...

Sonó una risita comprimida y aquél a quien llamaban doctor Harrison prosiguió:

—Aparte de unos pulmones de una excepcional capacidad, pulmones por los que el mejor de nuestros atletas daría su peso en oro, hay otra cosa todavía más rara, más incomprensible que la elevadísima cantidad de hematíes que hay en la sangre del paciente. Esto puede explicarse diciendo que es un fenómeno superdotado en dicho aspecto, pero para el otro fenómeno no existe ninguna explicación posible.

—Me intriga usted, doctor Harrison, ¿Qué es ello?

—Fíjese bien en él. Hágame una descripción fisiológica por los signos externos, doctor Lorenzi.

—¡Hum!

Sentí casi su aliento cuando se me acercó, mas procuré que mi respiración continuara siendo pausada, como correspondía a un hombre que se halla bajo los efectos de una inyección narcótica. Noté cómo me tocaba la cara, los brazos y, por encima de la sábana que me cubría, el vientre, los muslos y, finalmente, las rodillas y los pies, hecho lo cual murmuró:

—Yo diría que su paciente, doctor Harrison, tiene unos veinticinco o veintiséis años de edad. Está dotado de una robusta constitución, gracias a la cual ha podido sobrevivir a tan tremendo accidente y, salvo en el detalle de los glóbulos rojos, desechando el de los pulmones amplios, en todo lo demás no veo más que un magnífico ejemplar de varón, digno rival del Apolo de Belvedere. ¡Ah!, y debe pesar... ¡hum!... unos... ochenta y cinco o noventa kilos.

—¡Alto ahí! Ese es el detalle, doctor Lorenzi.

—¿El detalle? No le comprendo...

—Usted dice que ese hombre pesa noventa kilos, ¿no?

—A simple vista puede apreciarse, con un ligero error.

—Está herido y no puedo hacérselo ver yo mismo, experimentalmente, doctor Lorenzi. Pero cuando esté restablecido por completo, le haré que lo tome en brazos. Fíjese además que apenas está demacrado es decir, que a lo sumo habrá podido perder cuatro o cinco kilos de peso.

—Sigo sin entenderle, doctor Harrison.

Éste hizo una pausa innecesariamente dramática y luego estalló:

—¡EL PACIENTE NO PESA MÁS DE VEINTICINCO KILOS!

Sonó una rotunda exclamación. Procedía de los incrédulos labios del doctor Lorenzi.

—¡No es posible! ¡Usted bromea, doctor Harrison!

—Bien quisiera chancearme, pero ni en mi cátedra de la Facultad estoy más serio. Lo he comprobado yo mismo. A juzgar por su estatura y complexión, el hombre que yace ahí en la cama debería tener el peso indicado, pero es una ilusión solamente. Cuanto acabo de decirle es la pura verdad y estoy dispuesto a sostenerla bajo juramento.

—¡Por el vientre de la ballena que se tragó a Jonás! —juró pintorescamente el doctor Lorenzi, haciéndome pensar quién sería ese misterioso personaje que se dejó devorar por un cetáceo—. Si eso es cierto, y no hay que dudar de su palabra, doctor Harrison, tendrá usted un éxito fabuloso cuando presente la memoria de este caso ante la Academia de Ciencias. Ocho millones de hematíes... pulmones... veinticinco kilos... ¿De dónde habrá salido el tipo este?

—Tengo una sospecha, doctor Lorenzi.

—¿Qué es lo que piensa usted?

—Este hombre no ha nacido en la Tierra.

Ahora el que pegó un respingo fui yo. De no estar prevenido por el sesgo que iba tomando la conversación, me hubiera descubierto; pero, afortunadamente, supe contener mis nervios. Harrison se estaba aproximando a la verdad.

—Vamos, vamos —murmuró compasivamente Lorenzi—. Déjese de fantasías, doctor Harrison. Usted está demasiado influenciado por...

—¡No estoy influenciado por nada que no sea la más estricta realidad! —contestó ásperamente Harrison—. Tengo mis razones para sospechar que este hombre ha venido de algún lugar extra planetario, y el planeta o el mundo del que procede, aun teniendo condiciones idénticas o similares de vida a las de la Tierra, es más pequeño que ésta, cosa que lo demuestra la condición fisiológica del paciente.

—¿Sí? —la interrogación de Lorenzi era benevolente—. Y, ¿de qué planeta cree usted que ha venido?

—¡DE MARTE!

—¿De Marte? Pero, si está científicamente demostrado que la vida allí es imposible, doctor Harrison. Pero...

—No lo creo así. Fíjese en la cantidad tan exorbitante de hematíes. ¿Por qué iba a tener tantos por milímetro cúbico? ¿Por qué unos pulmones de tan excepcional desarrollo? ¿Por qué, en fin, doctor Lorenzi, tan poco peso para un cuerpo normal? Estas son las respuestas: primero, porque en Marte hay escasez de oxígeno y por lo tanto necesitan más glóbulos rojos y más capacidad pulmonar a fin de que la función oxigenadora del cuerpo se realice con toda normalidad en un medio muy poco denso, en comparación con el de la Tierra. En segundo término, queda el peso que es el adecuado a la acción gravitatoria en aquel astro. Usted y yo, con su figura, deberíamos pesar de ochenta y cinco a noventa kilos, que es el cálculo que hizo antes, cuando se lo pedí. A él con veinticinco le bastan.

—¡Caramba! Me empieza usted a convencer, doctor Harrison.

—Pues todavía queda el punto tercero, el que, como dicen en España, le dará a usted la puntilla, y perdone la comparación, doctor Lorenzi.

—Siga, siga, esto es la mar de interesante.

—El señor Brew, mi paciente, deliró durante sus largos períodos de inconsciencia y, como es lógico, habló incoherentemente. En más de una ocasión le escuché personalmente, y fíjese: ¡nunca habló en inglés! Todas sus palabras fueron pronunciadas en un idioma absolutamente incomprensible para nosotros. Y tanto es así, que después de hacer que fueran escuchadas sus palabras por varias personas de la plantilla del hospital, procedentes de diferentes países, todas ellas con dos o tres idiomas en su haber, declararon unánimemente no conocer nada en absoluto de la lengua en que estaban pronunciadas las palabras que murmuraba Brew en los momentos de delirio. Esto no dejó de intrigarme y aproveché una de sus crisis para hacer grabar todas y cada una de las frases pronunciadas por el paciente, hecho lo cual, envié la cinta magnetofónica al profesor Korewski, experto lingüista y gran amigo mío, con el ruego, aparentemente de interés profesional, de que hallara el idioma a que pertenecían dichas palabras. ¿Sabe lo que me contestó al cabo de una semana de pacientes investigaciones, después de aprenderse de memoria todo lo que había oído?

—No alcanzo a suponérmelo, doctor Harrison —confesó con sinceridad Lorenzi.

—Simplemente esto: ¡EL IDIOMA DEL SEÑOR BREW NO PERTENECE A NINGUNO DE LOS GRUPOS LINGÜÍSTICOS DE LA TIERRA! ¿Quiere usted mayor prueba de mis asertos?

—No. No me hace falta, Estoy aturdido. Anonadado. Tal es la verdad. Creo... creo que... Es una cosa tan nueva para mí ver un

hombre de otro mundo que... ¿Qué piensa hacer, doctor?

—Cumplir con mi obligación de ciudadano. Dar cuenta inmediatamente a las autoridades y que ellas resuelvan. Y no voy a perder mucho tiempo. Me parece que las historias de platos voladores han dejado de ser una fantasía para pasar a constituir una irrefutable verdad.

—Pero... ¿y si...? No. No puede ser. Yo opino...

No escuché el resto, porque los dos médicos, conversando animadamente, abandonaron la estancia, cerrando tras sí, con lo que me impidieron oír más.

Entonces me atreví a abrir los ojos.

Estaba en una amplia habitación, con todas las características de las de los hospitales, pintada de un refrescante color verde claro. Quise moverme, pero mi cuerpo se hallaba cubierto de vendajes. A decir verdad, no podía creer en mi buena suerte, después de haberme visto a punto de morir, en aquel terrible al par que estúpido accidente que, de haberse consumado, hubiera echado por tierra todos los planes largamente elaborados por...

Se abrió la puerta de la estancia y una bonita enfermera, totalmente vestida de blanco, entró con una bandeja en las manos, dejándola en la mesita adyacente. Se sentó a mi lado, mostrándome un plato con líquido y una cuchara:

—Debe tomar algún alimento. Se encuentra usted muy débil.

—Sí —murmuré, conociendo que la enfermera decía verdad, y el caldo me reanimó bastante. La pérdida de sangre había sido notable y ello, unido al consiguiente *shock*, me había dejado harto malparado. Pero, cuando se disponía a marcharse, pregunté:

—¿Puedo saber dónde está mi ropa, señorita?

—Claro —me respondió—. La tenemos guardada en el depósito correspondiente del hospital.

—Tengo allí unas cosas... unas cosas mías que me gustaría tener al alcance de la mano. ¿Tendría inconveniente en traérmelas?

Sonrió encantadoramente la enfermera al contestar:

—No. Ninguno. Ahora mismo iré a hacer las gestiones pertinentes. ¿Tiene usted algún interés particular por un objeto determinado?

—Sí... Es decir, no. No. Tráigame todas las cosas mías. ¿Quiere?

—Encantada —y puso su mano en el pomo de la puerta, para detener su acción al segundo siguiente, cuando la interrogué:

—¿Qué... qué tiempo llevo aquí señorita?

—¿Aquí? ¡Oh! Casi tres semanas.

Me dejé caer de espaldas, completamente aturdido... ¡Tres semanas! ¡Tres semanas perdidas! y todo por culpa mía. Sí. Yo había

sido el culpable de que aquellos planes, tan cuidadosamente trazados, hubieran sufrido una inesperada interrupción que podía echar todo por los suelos. Si en la Tierra supiesen el peligro que les amenazaba... y, a juzgar por las palabras que habían cambiado los médicos, estaban a punto de saberlo. En el momento en que se fuesen con el cuento a la policía, ésta no dejaría de interrogarme, y me sacarían la verdad a pesar de todo. Tenían drogas y sueros para hacer hablar a los más reacios, cosa de la que estaba harto de oír y leer. Si solamente se hubiera tratado de medios físicos, puramente mecánicos, yo hubiera resistido todas las torturas imaginables, dejándome morir incluso antes que traicionar a mi planeta, pero no podría evitar que dos o tres o seis hombres robustos me sujetaran férreamente, en tanto que un especialista me ponía una inyección de bipentotal. Hablaría hasta que se cansaran de interrogarme, y eso no me convenía en modo alguno.

Alguien llamó con los nudillos. Pensé en que no podía ser ninguna persona del hospital, porque éstas entraban sin llamar, fiados en mi inconsciencia, por lo que exclamé:

—¡Adelante!

Una mujer, seguida por un niño de corta edad, se me apareció. Una muchacha, apenas de veinte o veintidós años, de sedosos cabellos rubios, ojos grises y tipo esbeltísimo, que sonrió aliviadísima al verme.

—¡Sam! ¡Sam! ¡Oh! —corrió hacia mí, y el niño la imitó—. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien?

—Sí, mi vida —le dije, hundiendo mi mano en su mata de pelo, pues ella se había arrodillado al lado mío, en tanto que el crío me sonreía alegremente—. Afortunadamente, he sacado el pellejo intacto de la operación.

—Me hubiera muerto, si tú hubieras muerto, Sam —me sonrió ella a través de las lágrimas—. He pasado tres semanas de inacabables sufrimientos. Sobre todo, cuando a veces me dejaban entrar a verte y delirabas de una manera horrible. Por cierto, que nadie conseguíamos entender lo que decías.

Me aliviaron las palabras de la muchacha. Durante un par de segundos, al oír que había hablado en el delirio, me quedé sin respiración. Pero luego me alegré y le sonreí, para recuperar al instante mi rostro su preocupada expresión.

—¿Qué te ocurre, Sam? ¿He dicho algo que pueda disgustarte? —su carita tomó un aspecto compungido.

—¡Oh! Nada de eso, cariño. —Pero me daba cuenta de que, si había delirado no lo había hecho en inglés precisamente. El subconsciente no se engaña, y mis palabras habrían sido proferidas en marciano. ¿No sería otro detalle que añadir a las suposiciones —realidades—, del doctor Harrison? y no porque no lo hubiera

mencionado, dejaba yo de estar tranquilo. Me rebullí inquieto en la cama y adopté un gesto de dolor que, francamente, en aquel momento no sentía. Lilí se preocupó.

—¿Tienes molestias, cariño?

—Sí. Me... me duele bastante todavía. ¡Uf! —me quejé, alarmando a Lilí, que se levantó.

—Nos iremos, cariño. Con esta visita, aunque haya sido tan breve tengo más que suficiente. Mañana volveremos y espero encontrarte mejor.

Se inclinó sobre mí, rozando mis labios con los suyos. Acaricié el revuelto pelo del niño, que me sonrió tímidamente, sin atreverse a decir nada, y los dos personajes desaparecieron de mi vista, en el momento en que entraba la enfermera con todas mis cosas que depositó encima de la mesita.

—¿Quiere mirar si tiene todo, señor Brew?

—No. Otro... otro rato, cuando me halle un poco mejor. Gracias de nuevo —y cerré los ojos, porque en realidad necesitaba un descanso, descanso que se prolongó hasta bien entrado el día siguiente, en que, apenas tomado el último sorbo de mi taza de café, tres o cuatro hombres de gesto duro, acompañados del doctor Harrison, se personaron en mi habitación.

—No le exciten mucho. Si llevan con habilidad el interrogatorio, les autorizo diez minutos con él.

Uno de los recién llegados, el que parecía mandar en los restantes, se echó el fieltro hacia atrás, al mismo tiempo que se acercaba a la cama:

—¡Vaya! Conque este es el marciano, ¿eh? ¿Quiere enseñarme su documentación, señor Brew?

Con un gesto le indiqué la mesilla de noche. Uno de los policías tomó mi cartera y, el inspector de policía —luego supe que lo era— le dijo después de haberlos examinado por encima:

—Llévatelos y que los examinen con todo cuidado. Necesito comprobar su autenticidad.

—Sí, jefe —y el agente desapareció como un rayo.

—Me permitirá que me presente, señor Brew. Soy el inspector Tillkaw, de la policía federal. El doctor Harrison ha expuesto serias dudas acerca de su procedencia y queremos comprobarlas. ¿Está usted dispuesto a colaborar con nosotros?

—Por completo, inspector. ¿De qué se trata? —jamás hubo inocente mejor que yo, claro está, juzgado por la expresión.

—¡Hum!... ¡Ejem!... —Tillkaw no sabía cómo empezar y sus carraspeos no se acababan nunca, lo cual me hizo sonreír interiormente—. En fin, me lanzaré a ello. ¿Ha nacido usted en la Tierra, señor Brew?

—¿Que si... ? —me eché a reír sonoramente—. Pero, ¿qué cosas dice usted, inspector? ¿Puedo preguntarle si ha bebido esta mañana?

Tillkaw se pasó la mano por la cara y luego miró a uno de los impertérritos agentes:

—¿Eh? ¿Qué te decía yo, Tom? Vengan esos diez dólares.

El agente parecía que se iba a echar a llorar cuando sacó un par de billetes de su bolsillo:

—Acertó, jefe. El tipo ese le hizo la pregunta que usted esperaba. He perdido mi apuesta.

—Gracias, Tom. También yo se la hubiera hecho al que me ha enviado aquí, pero lo menos que hubieran hecho es degradarme. ¡Vámonos! Yo no hago aquí más que el ridículo. Y que hagan conmigo lo que quieran. —Se volvió hacia mí ya desde la puerta—: Mil perdones, señor Brew. Le deseo un pronto restablecimiento. Pocos hombres hubieran hecho lo que hizo usted por el chico.

Agité la mano:

—Retiro lo de la bebida.

—No lo haga. Hay un litro de whisky que me está esperando en el próximo bar —rio, y luego su cara se endureció al mirar al doctor Harrison, rojo, confundido de vergüenza—: ¡Marciano! ¡Puah!

El portazo hizo retemblar las paredes y, sin mirarme siquiera, el doctor se escabulló, haciéndome prorrumpir en una carcajada.

La carcajada duró unos cuantos días, durante los cuales, y a escondidas de mis enfermeras y médicos, me curé secretamente con algo que había traído en mis cosas, recuperando fuerzas a pasos agigantados, pero procurando no hacerme traición a mi mismo.

Sin embargo cuando menos lo esperaba, un buen día me dieron la gran sorpresa. Dos enormes centinelas, con casco y pistola ametralladora fueron instalados ante la puerta de mi habitación que, a partir de aquel momento, se convirtió en algo así como lo que los occidentales llamaban, respecto de otras naciones distintas en ideología política, el «telón de acero». Cada vez que un médico o alguien del personal del hospital tenía que entrar, debía enseñar un pase que, a juzgar por una mirada que en una ocasión pude echar, llevaba una colección de firmas y sellos como para enloquecer de júbilo al más obstinado de los coleccionistas. Pero yo en cambio estaba lo que se dice frito, atado a la cama y, aunque hubiera estado sano, sin poder moverme, porque, me estaba dando cuenta de ello, solamente aguardaba, sin decirme nada, a que los médicos me dieran el alta para llevarme sabe Dios dónde. Ni siquiera a Lilí le permitieron la entrada más que en contadísimas ocasiones.

Sin embargo, merced a algo que no es preciso nombrar, desconocido en la Tierra, así como a mi enorme fuerza de

autosugestión, pronto estuve curado, aunque procuré disimularlo. Conveníame acabar de recuperar las fuerzas para llevar mis proyectos al éxito, y no podía exponerme a un segundo fallo, que haría de mí el «enviado especial» número X desaparecido. Y yo no quería que en Marte dijeran tal cosa de mí, sino por el contrario, llegar a donde ningún hombre de mi planeta había llegado.

Pocos días más tarde pensé que ya era llegada la hora de la acción. Para ello esperé a que hubiera doblado la medianoche, cuando ya todo el mundo descansaba.

Mis guardianes eran altos. Cualquiera de los dos tenía aproximadamente mi tipo y por ello pensé que sus ropas me irían a la medida. De modo que toqué en la puerta y al instante apareció un casco y debajo un uniforme de la *Military Police*, encerrando un cuerpo hercúleo.

—¿Lumbre, por favor? —Pero lo del cigarrillo era solamente un pretexto. Mis pulmones no se ensuciaban y bastante impura era ya la atmósfera terrestre de por sí.

El soldado asintió complaciente y apenas había encendido la cerilla cuando de mi «pluma estilográfica» brotó un rayito de luz, que se encaminó directamente al centro de su frente, entre los dos ojos. Se abrieron éstos desmesuradamente, brotó una columnita de humo, que cesó cuando detuve el mortífero rayo y, con un agónico suspiro, con un circulito negro en el lugar alcanzado, el hombre cayó a mis pies, a cuyo ruido, y tal como yo esperaba, el otro penetró para averiguar lo que allí estaba ocurriendo.

No le dejé verlo apenas. Lo fulminé instantáneamente, y diez minutos más tarde, Jadhuz, el enviado de Marte a la Tierra, se había transformado en un M. P., cuyas armas tomé, más por completar el disfraz; que porque en realidad fueran necesarias para mí.

Me largué, comprendiendo que una hora más tarde estaría todo descubierto y que inmediatamente se desataría la más feroz caza que recordaba la historia de la humanidad terrestre aunque habían de ser muy listos para cogerme. Jadhuz acababa de entrar en acción.

CAPÍTULO II

Yo soy Jadhuz, hijo de Nadhuz, y mi número de registro es NJ2.300.715[7] , pues en Marte no tenemos apellidos, usando únicamente las iniciales del nombre del padre y del nuestro propio, seguido a continuación por la cifra que indica nuestra filiación de una manera mucho más completa que los nombres y apellidos usados en el planeta llamado Tierra. Y como mi padre, número BN1.000·772[10], era un sabio, en toda la extensión de la palabra, era lógico que yo siguiera sus pasos, por lo que no es extraño que muchas de las horas que dedicaba a mis ratos de ocio me las pasara junto a él, en el observatorio particular que le había montado nuestro Gobierno, pero cuyos estudios eran aprovechados imparcialmente por todo quien así lo deseaba, sin que para ello hubiera la menor restricción, era lógico que su vástago siguiera sus pasos.

Así, pues, apenas había yo cumplido ocho años de mi edad marciana, correspondientes a 14 años y 233 días terrestres, un buen día —recuerdo la fecha como si fuera hoy mismo—, el 39 de Mikar del año 77.889 de la III Era Marciana, me hallaba junto a mi padre, contemplando apasionadamente todos sus estudios y movimientos en su observatorio y bebiéndome literalmente todas las palabras que, sobre lo que estaba haciendo, me dirigía.

Pero a fin de cuentas no dejaba de ser un niño y, aunque me gustaba el estudio —las gentes decían que mi fama obscurecería un día la de mi padre—, a veces se imponía mi psicología infantil. Por eso exclamé, suplicante:

—Papá, me gustaría ver de nuevo ese planeta llamado Tierra.

Mi padre era un ser harto bondadoso y, levantándose de la mesa en la que estaba computando los cálculos que acababa de darle Dena, nuestra máquina, se acercó y conectó los mandos de la gran pantalla de televisión ante la que me acababa de situar, ansioso de ver de nuevo el para mí siempre fascinante espectáculo de un planeta habitado por personas de idéntica condición física, o al menos así lo parecía, a la nuestra. El globo plateado que apareció ante nuestros ojos fue aumentando de tamaño, a medida que el poderoso telescopio al cual iba acoplado el objetivo de la televisión iba funcionando, y los continentes y los mares del planeta observado fuéronse haciendo más y más visibles a medida que se iba acercando.

Estábamos en una coyuntura muy favorable para la observación. Teníamos el Sol casi frente a nosotros, por lo que la inmensa mayoría de la superficie terrestre aparecía en sombras, pero de repente un chispazo pequeñísimo apareció durante unos cuantos segundos, para esfumarse apenas nos habíamos dado cuenta de ello.

—¿Te has fijado, papá?

Mi padre no me contestó, de momento. Durante unos instantes su ceño permaneció fruncido, y luego su mano, al par que su cuerpo, se movió velozmente, apretando botones, dando vueltas a diferentes llaves, cerrando pequeñas palancas, sin dejar de mirar los correspondientes aparatos de registro, uno de los cuales empezó a titilar de repente, con intermitentes, pero regulares silbidos, que cesaron cuando mi padre dio por terminada la operación.

—¿Qué día es hoy? —preguntó, meditabundo, como hablando consigo mismo.

Se lo dije.

—En la Tierra, según su calendario, es el 16 de julio de 1955 —musitó, continuando ausente su espíritu.

A pesar de mis preguntas no me quiso dar ninguna explicación, pero sé que, a partir de aquel momento, no se separó de la pantalla y que numerosos amigos y compañeros de estudios de mi padre vinieron constantemente, sumiéndose en conversaciones inacabables, todas ellas pronunciadas en voz baja, que me preocuparon hondamente, haciéndome perder casi la afición a los juegos propios de mi edad.

Y así ocurrió que unos días mas tarde, el correspondiente al 6 de agosto del mismo año terrestre, nos fue dable presenciar otro chispazo idéntico al anterior, aunque en esta ocasión fuera en pleno día de aquel planeta, y el 9 del mismo mes, un tercer fogonazo fue asimismo detectado, a causa de lo cual Nadhuz, mi padre, me pasó preocupado la mano por el revuelto cabello:

—Hijo mío —me dijo—, mucho me temo que una era de desgracia caiga sobre nosotros.

—¿Por qué dices eso, papá?

—Los terrestres acaban de dominar la fuerza del átomo, hijo. La primera explosión que vimos fue de prueba, en un lugar desierto La segunda y la tercera —¡qué pocos días de intervalo entre una y otras! —ya se han aplicado con fines guerreros. La paz en nuestro sistema se ha acabado, hijo.

—¿De veras?

—Sí, Jadhuz, sí. El hombre terrestre es de sanguinario carácter y no se halla a gusto si no mata, de una forma u otra. Nosotros hemos domesticado el átomo y ellos, en los principios ahora, lo conseguirán también. El día en que esto sea realidad, comenzarán sus aspiraciones por los viajes siderales e intentarán conquistarnos por la fuerza de las armas, como hacen siempre que quieren conseguir alguna cosa.

Y ya no me dijo más, pero, a pesar de mis cortos años, las palabras de mi padre se me quedaron profundamente grabadas y aun

hoy, a pesar de los años, las recuerdo como si fueran acabadas de pronunciar y no puedo menos de alabar y admirar la clarividencia del autor de mis días, que poco tiempo después fue llamado a presencia del Supremo Consejo de Marte.

Regresó para despedirse de mamá y de mí.

—Me han encomendado una misión, queridos. Debo partir.

No nos dijo para dónde, mas tampoco hada falta. Lo sabíamos y quisimos ahorrarle una penosa escena. De común acuerdo, mamá y yo fuimos al astropuerto, para donde partían las naves nuestras que, en viajes comerciales, surcaban todo nuestro sistema, y aun más allá de sus remotos confines, y vimos marchar la primera nave con rumbo a la Tierra y que, para desgracia nuestra, así como para muchos otros familiares de quienes embarcaron en sucesivas expediciones, en sendas espacionaves idénticas, no regresó jamás, pues todas se perdieron, sin que nadie hubiera sabido dar la menor explicación de los motivos por los que aquellos que fueron enviados a la Tierra se habían esfumado como si jamás hubieran existido .

Los años fueron pasando, y la pena de la ausencia de mi padre se fue suavizando. Mi madre, todavía joven y hermosísima, no pudo olvidarle y, aunque languideció, jamás quiso olvidarle, rechazando todas cuantas proposiciones matrimoniales se le hicieron. El Supremo Consejo no nos olvidó, por lo que no tuvimos que preocuparnos de la cuestión económica. Nadhuzia, mi madre, procuró inculcar en mi corazón de niño el perenne recuerdo de lo que fuera mi padre, así como el deseo de imitarle en sus virtudes y aun superarle, cosa que conseguí antes casi de tener veinte años.

Y entonces llegó la hora dolorosa para nosotros, la hora que tanto habíamos temido. Una llamada del Supremo Consejo no podía desoírse, y cuando regresé a mi casa, mi madre adivinó en mi rostro el motivo de mi viaje a la capital.

—Hijo mío, cumple tu deber. Muchas vidas se han perdido pero más pueden perderse, si no realizáis las misiones que se nos encomiendan. De vuestra pericia, de vuestra habilidad, depende la suerte del planeta, y quién sabe si también la de los restantes mundos habitados.

Besé a Nadhuzia en la frente:

—Volveré, mamá, y te traeré a tu marido, mi padre.

Mi madre sonrió tristemente:

—Ojalá fuera así, hijo. Sé que es la última vez que te veo, pero procura imitar en todo a tu padre. Recuerda que vas en una misión, aunque por paradoja parezca todo lo contrario, que es de paz. ¡Adiós, hijo mío!

Las mujeres de Marte son valientes y tienen a menos verter lágrimas, pero estábamos solos y se permitió el lujo de dejar que se

humedecieran sus bellísimos ojos. Viendo su hermosura inalterable con el paso de los años, comprendiendo las excelencias de su corazón comprendí que mi padre hubiera estado tan enamorado de ella.

Y así llegó el momento en que un disco plateado surcó la atmósfera terrestre, despidiendo chispas que, por su continuidad, se convertían en una estela luminosa, al contacto con las capas de aire, que ardían con la violencia del frote. Apenas si se elevaba la temperatura exterior, y no digamos nada de la del interior, que permanecía constante.

Era de noche cuando aterricé con toda suavidad. Procuré elegir un lugar desierto, y apenas se había detenido la espacionave, cuando maniobré el botón de apertura de la puerta, que se abrió, derribándome al suelo pero no fue su golpe, sino el del aire, que irrumpió con horrible violencia.

Una intensa opresión me acometió. Respiraba con dificultad, y no por falta de oxígeno, sino por todo lo contrario, a causa de la diferencia de presión de la atmósfera terrestre con la nuestra, mucho menos densa, pero al fin logré habituarme a ella, recordando los ejercicios a que fuera sometido para vivir en la Tierra; pero entonces me ocurrió un extraño fenómeno.

¡NO PODÍA LEVANTARME!

Lo intenté, pero movía con dificultad los músculos. Me sentía extraño, enormemente pesado como si hubiera aumentado de repente mi masa al triple de la que tenía en Marte, y comprendí que era la superior fuerza de la gravedad terrestre la que me lo impedía. Mi cuerpo había aumentado de peso súbitamente más del triple y dolores intensos me circulaban por todo el cuerpo.

Tuve que hacer sobrehumanos esfuerzos para conseguir incorporarme, esfuerzos que me bañaron en sudor agotándome y dejándome exhausto. Cuando al fin logré establecer el campo antigravitatorio que anulaba la atracción terrestre, dejando el interior de la espacionave con una gravedad marciana, hecho lo cual respiré y procuré descansar, pues, a decir verdad, lo estaba necesitando.

Pero mientras que lo hacía, conecté el detector de conversaciones, eligiendo la que me pareció más interesante y que seleccioné de entre las demás, indicándome la esfera registradora que los dos interlocutores se encontraban a unos tres *zodyos* y medio.

Eran un hombre y una mujer los que hablaban, y el primero decía:

—¿Te has fijado, Lizza, en esa raya luminosa que ha cruzado hace unos instantes el cielo?

—¡Bah, bah, John! Ha sido el whisky el que te ha hecho ver esas visiones. Más te vale acostarte. Mañana tenemos que madrugar,

el heno está ya a punto para la siega.

—Lo he visto, Lizza, y no me harás desistir de mi idea. Estoy seguro de que es un platillo volante el que ha aterrizado detrás de la colina. No era un cuerpo celeste. Bajaba demasiado despacio para ello.

—¿No habrás visto dos platillos John? —la voz de la mujer rebosaba de justificada ironía.

—Ahora lo vas a ver. Llamaré al sheriff y le contaré lo ocurrido.

Me di cuenta de que el terrestre sospechaba la verdad pero a mí no me convenía que se descubriera ésta por lo que hice determinadas manipulaciones que obligaron al hombre a salir a los pocos momentos al exterior de su casa lamentándose vivamente:

—Mañana voy a presentar una queja a la Compañía. ¡No hay derecho a un servicio tan indecoros!

—¿Qué te ocurre, John? —preguntó indiferentemente su esposa.

—Ese aparato. No hay manera de entenderse. Pero yo voy a averiguar lo que ha caído. Me llevaré el rifle por si acaso.

—Haz lo que quieras, John, pero mañana no te daré un minuto más de sueño. Recuérdalo.

—Bueno, bueno, mujer. ¡Qué pesada eres!

Me dispuse a recibir al intruso. Anteriormente había abierto la puerta, sin crear un campo gravitatorio adecuado a mi constitución física pero en diez minutos tenía más tiempo que sobrado. Lo hice, ciñéndome a la cintura algo que allí, en el interior de mi astronave me hacía flotar, pero que, en cuánto abrí la puerta, me hizo sentirme de nuevo atado al suelo, si bien podía ahora moverme con la mayor facilidad. Quedaba el problema de la presión atmosférica, que todavía me ahogaba, pero iría resolviéndolo poco a poco, a fuerza de ejercicios y hábito. También me acostumbraría a la gravedad terrestre, pero ahora el asunto que me preocupaba era el del inoportuno ranchero.

Al fin se presentó ante mi vista. Lanzó un ¡oh! de asombro al ver el aparato, completamente desconocido para él, pero más se asombró todavía al verme aparecer de repente, como si hubiera surgido del suelo.

—¿Qui... quién es... es usted? —tartamudeó.

La noche era bastante clara y el satélite de la Tierra derramaba bastante luz sobre la escena.

Levanté mi mano, armado de mi lápiz atómico.

El terrícola vio el gesto e intentó echarse el rifle a la cara, pero no le di tiempo,

No obstante, al mismo tiempo que ejecutaba dicha acción saltó instintivamente hacia atrás, con lo que los efectos de mi arma no

fueron proyectados hacia donde yo quería, sino que alcanzaron el depósito de municiones del fusil, que estallaron continua y estrepitosamente, como una traca, destrozando por completo la cara del granjero, que emitió un agudo lamento de agonía, derrumbándose muerto al suelo, derramando gran cantidad de sangre por sus numerosas heridas causadas por las explosiones y que, de milagro, no me alcanzaron a mí.

Intenté moverlo de allí, para esconderlo detrás de unas matas, pero su cuerpo resultaba demasiado pesado para mí, por lo que regresé al interior de la astronave, cerré la puerta y me elevé unos metros, caminando despacio, observando detenidamente, a través de la pantalla televisora, todo el espacio que me circundaba, hasta que al cabo de un buen rato di con lo que buscaba. El objetivo estaba instalado en una especie de periscopio que hice sobresalir unos centímetros.

Era el lecho de un río, pero no llevaba agua. A juzgar por lo que pude apreciar, solamente en casos de extremada cantidad de lluvia corría el líquido por aquel lugar, bastante profundo, de unos veinte *nodyos* de anchura por cuarenta de profundidad, con lo cual tenía más que suficiente para que pudiera navegar por allí, a muy escasa velocidad, observando detenidamente ambas márgenes, hasta que al fin hallé lo que precisaba.

A mi derecha se abría un ramal de unos cincuenta *nodyos* de longitud por veinticinco de anchura, cubierto de espesa vegetación. Era el lugar ideal para esconder el aparato, y lo hice virar, hasta llegar al punto elegido en el que estaba seguro sería dificilísimo hallarlo. Salté al suelo, inspirando profundamente hasta normalizar el ritmo de mis pulmones, llevándome un reducido equipaje, con numerosos objetos que estaba seguro me harían falta, y comencé a andar.

Hora y media más tarde llegaba a la granja. Vestido como iba no podía circular por la Tierra, y necesitaba ropas adecuadas. Mi aspecto, en el exterior, físicamente, era idéntico al de cualquier habitante de aquel mundo, mas no así mi vestimenta, y mis propósitos no eran otros que los de disfrazarme de terrícola.

Procurando no hacer ruido, me deslicé, saltando por encima de la valla, pero en aquel momento, un enorme animal se me echó encima, derribándome al suelo e impidiéndome hacer ningún movimiento.

He de confesar que estaba bastante asustado. En Marte no teníamos bestias feroces y aquel perro, capaz de degollarme de una dentellada, era para mí algo así como un mitológico dragón, cuyo pestífero aliento estuvo a punto de hacerme perder el conocimiento. Los restos de comida putrefactos que le quedaban entre los dientes, agudísimos como puntas de hielo, exhalaban un aroma que,

francamente, llegó a marearme. Mas logré sobreponerme y empecé a mover mi brazo derecho suave, pausadamente, procurando no alarmar aquel lobo, de cuya garganta surgían feroces y apagados gruñidos.

Al fin logré echar mano de mi arma. Lo demás fue rápido, aunque me costó un trabajo ímprobo quitarme el cadáver del animal de encima, dejándome agotado el esfuerzo. Tendría —pensé— que hacer ejercicios de cultura física en algún gimnasio, a fin de acostumbrarme a mover pesos idénticos y no cansarme tanto, además de encontrarme en condiciones de sostener cualquier clase de lucha sin armas, cosa para la cual no estaba preparado y que, aunque no lo creía probable, muy bien pudiera surgir, cuando menos lo esperase, la oportunidad y entonces sucumbir miserablemente.

Avancé con cuidado hacia la casa. Era mi primera experiencia terrícola y aquellas edificaciones se diferenciaban por completo de las que yo conocía. Tabiques y puertas por todas partes, impidiendo el paso, por cuyos motivos, y en contra de mi voluntad, hube de organizar algún pequeño estrépito, al tropezar con un armario repleto de frágiles objetos de vidrio, que se vino abajo, haciendo retemblar las paredes de madera de la granja.

Me quedé helado de pavor, pavor que aumentó cuando una voz soñolienta vino del piso superior:

—¡John, John! ¿No te he dicho que no bebieras más? Ahora bajo y te voy a dar para el pelo...

Estaba tan asustado que, antes de que decidiera lo que más me convenía hacer, un torrente de luz cayó sobre mí y una asustada figura se apareció delante de mis ojos.

Los suyos se abrieron desmesuradamente al ver a un extraño y completo desconocido, vestido de una forma que para la mujer era rarísima, pero todavía me asustó más el espeluznante chillido que lanzó y que me causó insoportable dolor en los tímpanos.

Se volvió apresuradamente, recogiéndose el borde del camisón, mas no dio dos pasos, porque un circulito negro apareció en su espalda, un chorrito de humo se elevó en el aire, y la mujer cayó hacia adelante sin pronunciar una sola palabra.

Sentí infinito haber llegado a aquel extremo, pero no tenía otro remedio. Cuando había millares de millones de vidas en juego, una más o menos no tenía ninguna importancia y, tras apagar aquella luz que podía delatarme, me dediqué a buscar por la casa, hasta encontrar, no solamente ropas y calzados terrícolas, sino algo que para los seres de aquel planeta tenía un infinito valor: unos trozos de papel, extrañamente grabados y con los cuales compraban y pagaban en todas sus transacciones comerciales. Así de atrasados vivían en la Tierra.

Y una hora después, Jadhuz, de Marte, era un hombre más entre los doscientos setenta millones de americanos.

CAPÍTULO III

Era cierto. La más despiadada caza del hombre que se conociera jamás se había desencadenado por todo el territorio de los Estados Unidos, y yo era la pieza. Pero me había escapado del hospital a media noche y todavía, antes de que tuviera conocimiento el público de lo que ocurría, debían pasar unas cuantas horas, precisamente las que necesitaba para mis fines.

Lo primero que tenía que hacer era desprenderme de las ropas militares, cuyo único objetivo había sido el que no me pusieran obstáculos en la salida del nosocomio. Mas, para adquirir ropas de civil, necesitaba dinero, y no lo tenía.

Bueno. Me encogí de hombros. Dinero era lo que sobraba en la nación y yo tenía pendiente del cinto la llave para abrir las cajas de caudales: un *Colt* automático calibre 42, que me sería muy útil. Y así me metí en el primer café que encontré al paso, en el que una pareja de noctámbulos diluían en la negra y aromática bebida el mortal hastío que les poseía, en tanto que el indiferente barman estaba empollándose los pronósticos para las carreras del día siguiente.

Me acerqué al comedor, y el servidor dejó a un lado el periódico con gesto disgustado. Eché una indiferente mirada hacia los dos clientes y otra a la calle desierta. Tenía suerte, ya que no se divisaba ningún agente de la autoridad a la vista, de modo que sacando la pistola, frené en seco el movimiento del barman.

—¿Eh?... ¿Qué es esto? —sorprendióse enormemente.

—No grite o lo tuesto —gruñí—. ¡Ustedes también! ¡Acérquense y procuren no gritar!

Los dos meditabundos clientes abrieron mucho los ojos, pero obedecieron con el más abyecto pánico reflejado en ellos, y las manos en alto.

—Entren ahí —les indiqué la puerta de los lavabos, donde se metieron los tres más que aprisa. Hecho esto tomé una cucharilla y bloqueé la cerradura, dirigiéndome a continuación a la registradora, que saqueé a gusto. Pegué un tironazo a los cables del visoteléfono y a continuación, sin ninguna prisa, me alejé de aquellos lugares, llamando al primer taxi que pasó por delante.

Me incliné en e asiento y murmuré al oído del conductor:

—Escuche, amigo —y un billete de cinco dólares aleteó delante de sus narices—: ¿Podría hacerme un favor?

Desapareció el rectángulo de color verde, succionado por la garra del chófer:

—Yo soy un hombre. ¿Qué le ocurre, soldadito?

—Tengo un cita con una dama, pero no quiero ir vestido de

Napoleón. ¿No conoce usted algún ropavejero donde, dejando el uniforme y algunos dólares como garantía, me pudieran prestar ropas de paisano hasta mañana a las diez en que tengo que presentarme en el Cuartel General?

—¡Oh, el amor! —filosofó el conductor, girando a la izquierda y enfilando la Quinta Avenida hacia abajo, dejando atrás el Parque Central y metiéndose en la Calle 38 Oeste, donde paró poco después ante una puerta.

—Salomón Waldetzki es su sastre, amigo. Toque el timbre y, aunque de primera intención gruñirá, dígale que le envía su amigo Martin. ¿Satisfecho?

Se lo demostré con cinco dólares más, y Martin estuvo a punto de regalarme el coche en prueba de agradecimiento. No obstante, rehusé, y media hora más tarde salía convertido en un paisano, mas no sin olvidarme de la pistola y del botín obtenido en la cafetería y que tan útil me iba a ser.

Eran ya las dos de la madrugada y todavía tenía que hacer muchas cosas. Una de ellas buscar un vehículo que me llevara hasta donde tenía mi astronave, pues ya había estado suficientemente en la Tierra para que mis informes fueran útiles al Supremo Consejo de Marte y éste decidiera dar comienzo a la invasión. Y buscar mi aparato interplanetario, mejor dicho, llegar hasta allí era la parte más interesante y más difícil al mismo tiempo.

Por medio de otro taxi, me hice conducir hasta las afueras de Nueva York. Hubiera podido robarlo, pero quería disimular en todo lo posible mis pasos y además aquel cacharro era muy lento, apenas rebasaba los ciento cincuenta a la hora. Yo necesitaba cien más, por lo que, después de dejarme en un bar para automovilistas, abierto durante toda la noche, el taxi se alejó.

Aunque no con mucha frecuencia, los coches particulares iban y venían. Tomé algo de alimento, dominando, como siempre que lo tenía que hacer en público, mi repugnancia a aquellos alimentos echados a perder por medio de la cocción o la fritura, pero no tenía otro remedio. No podía perder tiempo transformándolo en tabletas vitamínicas, como hacía normalmente cuando trabajaba en la base «Scorpio» núm. 5 y me encerraba a solas.

Un automóvil se detuvo, cuando el día apenas si era más que una luz gris, y un hombre alto y atlético se apeó de él. Mi solución, pensé, en tanto lo contemplaba indiferentemente. El recién llegado pidió una taza de café y luego se metió detrás de una puertecilla, por lo que, descendiendo pausadamente del alto taburete, le seguí.

Se estaba lavando las manos. Perdió todo interés por su higiene cuando la culata de mi pistola se abatió sobre su oreja. En cinco minutos estuvo desnudo, me puse sus ropas y me apoderé de

su cartera, con unos cuantos útiles billetes, así como sustanciosa documentación a nombre de Dave McNeil, agente comercial. Nuestros rostros tenían un lejano parecido y en las fotografías no se diferenciarían mucho.

Tomé la taza de café que había encargado el otro. Me reí para mis adentros cuando el barman esperase que «yo» saliera del lavabo para pagarle la cena. No dejaba de tener gracia el asunto. Arrojé unas cuantas monedas sobre el mostrador, mas en aquel momento una camioneta del reparto de periódicos arrojó un paquete sobre la puerta de la cafetería que tenía un pequeño mostrador destinado a su venta.

El barman deslió uno de ellos y lo abrió. Tomé otro y pude verme en primera plana, debajo de unas titulares verdaderamente escandalosas y que, poco más o menos, rezaban así:

¡HOMBRE DE MARTE ESCAPADO DEL HOSPITAL!

«Sam Brew no es un técnico de la base «Scorpio» núm. 5, de aviones nucleares, sino una persona de otro mundo.»

«El primer hombre de Marte que se ha conocido ha permanecido durante unos cuantos años entre nosotros, apoderándose de todos nuestros secretos.»

«El Gobierno ofrece una recompensa de $ 10.000 por cualquier informe que conduzca a la busca y captura de Sam Brew, hombre de Marte, escapado a las 0016 del Hospital Militar en donde estaba internado por haber sufrido un gravísimo atropello de automóvil.

—¡Qué gracioso! —murmuré irónico— ¡Un hombre de Marte! ¿Qué le parece, Joe?

—Me llamo Abe, pero es igual. Estos tipos del Gobierno están chiflados. ¿En qué le han notado que es un hombre de Marte? Esa cara parece la de un hombre que haya nacido en Connecticut —contestó despreciativo el barman.

—Hombre, como sólo le han retratado la cara, será que tiene cuatro brazos y cuatro piernas. De no ser así, no veo el modo de averiguar si el fulano ese es de Marte o de Connecticut, como dice usted, Abe.

—Lo que yo haría —refunfuñó el barman— es prohibir las novelas de fantasía científica. ¡Mira que hasta el Presidente tragarse el cuento! ¡Puah! —y, haciendo una pelota con el periódico, lo arrojó aun lado, con el mayor de los desdenes, alegrándome yo no poco de su acción.

La cual me demostraba que iba a ser muy difícil que el pueblo norteamericano y no hablo de las restantes naciones de la Tierra, digiriesen la bola de que un hombre de Marte estaba entre ellos. Pero no quise perder más tiempo allí. Saludé a Joe, digo a Abe, y me senté ante el volante del coche, cuyo propietario debía continuar

inconsciente en el lavabo, diciéndome para mí que en cuanto recuperase el conocimiento no dejarían de ponerse en movimiento todos los policías de los alrededores.

En tanto que, a una media de doscientos cincuenta kilómetros a la hora —y no quise hacer cierta modificación, sencillísima, en el motor, para aumentar otros cien kilómetros más, por no levantar sospechas en algún agente del tránsito—, conecté la radio del coche, provista de una diminuta pantalla de televisión, de unos quince centímetros de lado.

El locutor desgranaba continuamente noticias sobre mí. De vez en cuando, mi retrato, a fin de que todo el mundo se metiera la imagen en el cerebro, sustituía en la pantalla al locutor, y luego cargaba sobre mí de nuevo, acusándome de dos muertes.

—La autopsia ha demostrado que los cerebros de los dos policías militares estaban carbonizados por completo —decía—. Una marca negruzca, de un centímetro y medio de diámetro, aproximadamente, ha surgido en su frente, ignorándose la terrible arma de que dispone el marciano cuyas señas particulares, así como su retrato, reproducimos de nuevo, recordando que el Gobierno ofrece una recompensa de 10.000 dólares por todo indicio que conduzca a la captura, vivo, indemne, pues se desea interrogarle a toda costa, a Sam Brew, supuesto técnico de la base de aviones nucleares...

Cerré la radiotelevisión, harto ya de tonterías. Ya el sol, rojo, llameante, ascendía en el horizonte, y su imagen me retrotrajo a cinco años atrás, que en el tiempo marciano, son aproximadamente dos años y ciento sesenta y cinco días, según el calendario de mi planeta, cuando, después de haberme transformado por primera vez en ciudadano norteamericano, llegué a la gran urbe de Nueva York.

Una de las cosas que más daño me hicieron físicamente, fue la intensidad de la luz solar, dos veces más fuerte que en Marte, por lo que, antes que nada, compré unas gafas oscuras, hasta tanto no acostumbrase mis retinas a la luminosidad terrestre pues, de seguir sin la debida protección, hubiera sufrido graves trastornos visuales. Y, a continuación transformarme documentalmente en un ciudadano de aquella nación, elegida por nosotros por ser la más adelantada en la técnica nuclear, lo cual no obstaba para que nuestra meta fuera la conquista de todo el globo.

Llevaba ya, prevenido, en el bolsillo, algo que me abriría todas las puertas. Faltaba únicamente encontrar la persona capaz de secundar mis planes, y no tardé en hallarla, tras un ligero examen de la guía telefónica.

Evans Hallsback era, o al menos así lo decían él y su licencia, detective privado. Pero a mí, como a muchos que habían tratado con él, no consiguió engañarme, a pesar de sus protestas de inocencia.

—No jure, Hallsback —dije decidido. Con aquellos tipos había que usar un tono duro y firme—: Sé que es un sinvergüenza de marca, y que por medio dólar vendería el original de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, sin importarle poco ni mucho su valor histórico, añadiendo de propina la Campana de la Libertad.

—Está bien —gruñó, mordiendo nervioso el puro—. ¿De qué se trata?

Agité nervioso la mano para quitarme de en medio aquellas nubes de pestífero humo. No sé cómo había personas que gozaban quemando aquellos hierbajos.

—Necesito una documentación completa —dije—. El nombre me es indiferente. Pero quiero que en ella, sin lugar a dudas de ninguna clase, aparezca que soy técnico en física nuclear. Consígame también certificados de estudios y todo cuanto usted crea necesario para poder obtener un empleo del Gobierno, en alguna base de proyectiles dirigidos o aviones termonucleares.

—¿Espionaje, eh? —farfulló Hallsback,

—Eso no le importa a usted —contesté ásperamente.

—¿Y si me negase? —objetó.

—Ahora ya no puede hacerlo. Sabe ya demasiado de mí y tendría que liquidarlo sobre la marcha.

—Me parece que es usted un poco optimista, señor... Bien, el nombre no hace la cosa. ¿Cree usted que Evans Hallsback se deja intimidar así corno así? —y en una fracción de segundo apareció en su mano, antes vacía, un enorme pistolón de ridícula factura, que él debía considerar el *summum* de la perfección en armas portátiles.

Sonreí desdeñosamente.

—Señor Hallsback, ¿quiere apretar el gatillo? Por favor, no se detenga por mí. Ande, hágalo —dije, insinuante.

El hombre obedeció, pero desviando la puntería. Hizo desesperados esfuerzos, sin el menor resultado.

—¿Qué ocurre? —preguntó, estupefacto—. Esta pistola no me ha fallado jamás. No hace media hora siquiera que la he limpiado y revisado y ahora parece un pedazo de hierro.

—Exactamente —murmuré satisfecho—. Eso es ahora su pistola. Mientras yo quiera. Pero, como es el truco que he empleado para inmovilizarle su mecanismo de disparo. Y, convencido ya de que está en mis manos, señor Hallsback, ¿discutiremos las condiciones económicas del asunto?

Todavía no había salido de su estupor, pero se dio cuenta ya he dicho que era un granuja de marca, que se había encontrado con alguien que le daba ciento y raya. Me miró con un respeto lindante con la idolatría y murmuró:

—Eso que usted pide, señor, costará una pequeña fortuna. No

es un grano de anís, precisamente.

—Ya lo sé —dije, con soberana indiferencia y, sacando algo de mi bolsillo, lo arrojé sobre la mesa—. Ábralo y vea si hay bastante.

Tomó aquello y soltando el cordón que sujetaba la boca del casquete, desparramó algo sobre el cristal de la mesa de despacho, que centelleó con deslumbrantes fulgores. Una pequeña cascada de cristales de todos los colores, semejando trozos vivos de todos los colores del arco iris, rodó, despidiendo millares de chispas.

—¡Por los huesos de Mahoma! —juró Hallsback—. ¡Vaya colección de piedras, amigo! ¿Ha robado alguna mina de diamantes?

—Eso no le interesa a usted —dije, enérgicamente—. Solamente debe pensar en que usted es mi asalariado y que le pago como se dice por aquí, con esplendidez oriental, por procurarme algo que me es muy necesario. Yo soy el jefe y usted mi subordinado, mientras dure el negocio. No lo olvide. Y solamente tengo una manera de castigar.

Hallsback entrecerró sus codiciosos ojillos, mirándome alternativamente a mí, y luego a las gemas.

—Con esto podría largarme de aquí, y estoy seguro que no me vería el pelo en todos los años que le restan de su vida.

No quise desengañarle. No quise decirle que, por muy lejos que se fuera, no solamente en la redondez de la Tierra, sino fuera de ésta, en el supuesto de que pudiera contar con una astronave, podría localizarlo fácilmente. Una inofensiva partícula radiactiva le había sido incrustada en la epidermis de su mano derecha, cuando se la estreché al entrar. No podía correr ningún riesgo. Por eso le dije simplemente:

—Estoy seguro de que usted quiere vivir muchos años pacíficamente, disfrutando de la fortunita que representan esas piedras, ¿verdad?

Me miró un segundo de hito en hito, y luego se echó a reír.

—Sí. Claro. Tiene usted muchísima razón. Vuelva dentro de un mes y le diré cómo van mis trabajos.

—Ahora necesitaré, aunque sea provisionalmente, una tarjeta de identidad cualquiera. No quiero exponerme, compréndalo.

—¡Un momento! Creo que tengo lo que usted necesita.

Metió mano en uno de los cajones de su mesa y sacó un rectángulo de cartulina con una fotografía en un ángulo.

—Creo que ésta le irá bien. Es de un tal Sam Brew, que se sintió repentinamente «indispuesto» a causa de haber creído que podía soportar tranquilamente unos gramos de plomo. Procure no emborracharse ni hacer ninguna tontería y todo irá bien. No lo olvide. Dentro de treinta días será usted el doctor, profesor o licenciado Sam Brew, especialista en motores nucleares.

Hallsback podía ser un granuja, pero indudablemente era un

tipo vivo, porque en el plazo prefijado me tuvo todo listo.

—¿Qué le parece? —me preguntó, después que hube examinado detenidamente toda la documentación—. ¿Me he ganado o no me he ganado esas piedrecitas?

—Muy merecidamente, por cierto, señor Hallsback —le dije—. He de reconocer que usted es un tipo que vale. ¿Supongo que todo esto quedará en el más absoluto de los secretos, ¿verdad?

—¡Naturalmente! —se ofendió—. Todos los tratos con mis dientes son absolutamente confidenciales.

—Eso espero. Y el nuestro será el más confidencial de todos. ¿Ha visto usted alguna pluma estilográfica como ésta, señor Hallsback? —saqué el artefacto del bolsillo interior de la americana.

—Nunca —su tono era cortés, y aquella palabra fue la última que pronunció en su vida, porque un rayo de luz partió de la «pluma», encaminándose a su frente, fulminándolo antes de que tuviera tiempo de saber lo que le ocurría.

Miré desdeñosamente su cuerpo. Estaba seguro de que ya no hablaría. Cerré la puerta con cuidado y diez minutos después me había perdido en el intenso tráfago neoyorkino, convertido en el profesor Sam Brew, licenciado en Princeton, una lumbrera en cuestiones termonucleares aplicadas a la propulsión de toda clase de vehículos.

Algo cortó de repente mis recuerdos. Un par de policías con sus respectivas motocicletas, detenidos a un lado de la carretera, haciéndome señas que me detuviera. Lo hice con perfecta naturalidad.

—¿Qué ocurre, oficial?

—¿Su patente, por favor? Perdone, pero tenemos orden de examinar la documentación de todos cuantos circulan por aquí.

—No faltaría más —repuse con toda urbanidad, echando mano a la cartera y enseñándola con toda indiferencia—. ¿Alguna medida excepcional?

Los dos motoristas se miraron mutuamente y al fin, el que ya me había devuelto el carnet, sonrojándose, exclamó:

—¿Ha visto usted un hombre de Marte?

—¡Jamás! Oficial, ¿bromea usted? —protesté indignadísimo.

—Yo no. El Gobierno a lo que parece. ¡Un hombre de Marte! —escupió despreciativo—. Ya no saben qué inventar.

En aquel momento titiló la luz de una de las motocicletas. El otro policía se fue hacia ella e inmediatamente el altavoz comenzó a denunciar el hecho que había cometido momentos antes.

Esperé a ver que ocurría.

—*...La matrícula es...* —Y dos pares de ojos se dirigieron instantáneamente hacia la placa del coche, abriéndose enormemente

al comprobar que era el robado. Pero a mí no me cogieron de sorpresa. Tampoco intenté acelerar, pues sabía que me hubieran alcanzado.

No tiré contra ellos. Solamente dirigí mi «pluma» contra los depósitos de bencina de los vehículos, que estallaron estruendosamente, en medio de grandes llamaradas, dejándolos estupefactos durante un segundo y, antes de que se recuperaran del asombro y comenzaran a sacar sus pistolas, ya había embragado y dado todo el gas al automóvil que dio un salto hacia adelante como si fuera un caballo de carreras.

Alguna bala silbó por encima de mi cabeza, pero una oportuna curva me hizo desaparecer ante la vista de los enfurecidos policías del tránsito, que no pudieron explicarse la forma misteriosa en que les habían sido incendiadas sus motos. Y de esta forma pude llegar con toda tranquilidad a mi astronave, aguardando para ello a que se hiciera de noche, no sin antes y a prudencial distancia arrojar el coche por un barranco profundo, al término de cuyo inesperado viaje se incendió por completo, ya que había dejado abierta la llave del gas.

Había llegado la hora de actuar. Debía salir al espacio libre, a una distancia regular de la Tierra, con objeto de que mis emisiones no fueran interferidas ni captadas; aunque esto último no me preocupaba, ya que jamás hubieran logrado descifrar el idioma marciano. Pero sus ondas de radar, dirigidas a gran distancia sí hubieran estropeado la claridad de mis telemensajes, por lo que me convenía poner entre la Tierra y yo unos cuantos cientos miles de kilómetros, en tanto transmitía.

CAPÍTULO IV

Apenas me había remontado unos diez mil metros, cuando en mis pantallas detectoras comenzaron a reflejarse las imágenes de los aviones «Scorpio» de una patrulla que sin duda se estaba elevando para recorrer los cielos en mi busca. Conecté la radio para escuchar atentamente todo cuanto a mí se refiriese, cosa que no podría pasárseme por alto, puesto que yo mismo había sido piloto de aquellos aparatos, con motor nuclear, y no solamente piloto, sino técnico, resolviéndoles algunos problemas, que a fin de cuentas ellos hubieran tardado en descubrir unos pocos años y que no atañían a la seguridad de nuestro planeta.

Oprimí un botón y e1 antirradar entró en función. En vez de ser rechazadas las ondas emitidas por su antena, localizándome de esa manera, eran desviadas a ambos lados de mi «platillo», sin regresar al punto de partida, por lo que tendrían que hallarme por visión directa, y eso les iba a costar un poco. No podían compararse los «Scorpio» con mi aparato en cuestión de velocidad. No les decuplicaba, les centuplicaba en la marcha y se hubieran quedado con respecto a mí, tan parados como una tortuga con una liebre, comparación que expresaba mal la diferencia que realmente existía entre ambos medios de locomoción.

Recordé en aquellos momentos mi llegada a la base número cinco, a la cual había sido destinado. La verdad es que, dentro de su atraso, los terrestres habían hecho notabilísimos progresos, y aquel campo de aviación lo demostraba.

Enorme, extensísimo, de más de treinta *zodyos* de longitud por otros tantos de anchura, terminando uno de sus lados en una fila de colinas de unos cien o ciento cincuenta *nodyos* de elevación, y en cuyas colinas estaban los hangares subterráneos.

Para hacer dichos hangares, se había cortado a pico, y en línea recta, durante *zodyos* y *zodyos*, toda la base de la fila de cerros. Al lado de la pista de distribución, de donde salían los aviones a las pistas de vuelo, había una serie de vías, con desvíos laterales, que llevaban los aparatos, sobre vagones especiales, a las cavernas, abiertas en la roca viva, y donde eran repasados, reponiéndoles el mineral de U-235 gastado en la fusión que producía el calor necesario para mover el motor del aparato. Cada entrada tenía el aspecto de una gigantesca Cruz de Lorena, ajustada exactamente a los timones, alas y fuselaje del aparato, sustituyendo a las grandes puertas de otros hangares que había visto, constituyendo una impresionante teoría de ranuras, abiertas en la vertical pared, cortada en la tierra, y por cuyas ranuras, ajustándose exactamente a ellas, entraban los

aparatos.

Tenían éstos un aspecto fantástico. Enormes alas en delta, de quince metros de longitud cada una, lo cual le daba una envergadura de treinta, sobresalía de ellas el larguísimo fuselaje, de unos cuatro metros de grosor en su parte máxima, y de más de treinta a partir del vértice del triángulo que era el delta alar, como un gigantesco lápiz de afiladísima punta, casi junto a la cual se hallaba la espaciosa cabina donde viajaban los tres tripulantes.

Despidiendo chorros de aire incandescente por sus toberas, varios de ellos evolucionaban a reducida velocidad, unos ochocientos kilómetros la hora, sobre la base. Todavía podía verse un examotor B-47, al lado de los otros, pareciendo un pigmeo entre gigantes. Aterrizó un «Scorpio», soltando el paracaídas de cola que lo ayudaba a frenar y, tras colocarnos sobre los vagones de transporte, desapareció en el hangar subterráneo.

Éste se dividía en dos partes. En una de ellas, desierta en tanto no sumergían el reactor nuclear, previo el desacoplamiento automático de los turborreactores, en un enorme tanque de agua, para localizar las radiaciones, registradas en las cámaras de ionización, se realizaban automáticamente las operaciones de carga y descarga. Una gigantesca grúa puente soltaba por sí misma, automáticamente, las tapas que cubrían al reactor, de forma ovoide y luego aprehendía éste, con sus mordazas, sumergiéndolo en el agua. Los mecánicos, que se hallaban en la cámara inmediata, separados por un espesísimo muro antirradiactivo, pasaban entonces a la primera, que era la radiactiva, para dirigir, protegidos por blindajes de plomo, la recarga subacuática del motor atómico con uranio. Tras esto, dejaban vacía de nuevo la parte aquella del hangar y desaparecían en la otra, encomendando a la grúa que colocase en su sitio al reactor, el cual, también automáticamente, quedaba acoplado a los turborreactores, terminando la operación con la colocación de la tapa. Hecho esto, el aparato quedaba listo para nuevos vuelos.

No obstante, era un trabajo que se realizaba con poca frecuencia. Hay que tener en cuenta que, para recorrer 23.000 kilómetros —hablo en medidas terrestres— eran necesarios doscientos veinticinco gramos de uranio, por lo que el reactor llevaba diez veces más, unos diez kilos y cuarto, con el fin de asegurar un régimen de fusión constante.

La larguísima proa del «Scorpio» se introducía, por un orificio circular, en la cámara antirradiactiva, inocua, en la cual se hacían las reparaciones necesarias en la cabina de los pilotos. Asimismo estaba en ella la cámara de control con los técnicos, mirando por una gruesa ventana de vidrio, plomo y aceite, y valiéndose además de un periscopio y de una pantalla de televisión, desde cuya cámara

manejaba la grúa.

Desde luego, era un notable avance, pero todavía, en comparación con nosotros, muy retrasado. Tan sólo el reactor nuclear, con su blindaje de plomo y otra materia más liviana conteniendo nitrógeno, en capas alternadas de diez centímetros de espesor, pesaba ya cincuenta toneladas. Era, por tanto, una rémora que no había modo de suprimir, puesto que a pesar de que el motor atómico se hallaba casi en la cola, a más de cuarenta metros del puesto de pilotaje y de otra pantalla protectora instalada en ésta, los aviadores sufrían los efectos de la radiactividad.

No obstante, había pilotos en abundancia. Teniendo en cuenta la radiactividad que un hombre terrestre puede soportar sin peligro a lo largo de su vida es de treinta y cinco *roentgens*, se volaba normalmente a ochocientos kilómetros a la hora, durante cada una de las cuales, el cuerpo del aviador absorbía un tercio de *roentgen*; pero acelerando hasta alcanzar los mil trescientos, entonces era una de dichas medidas de radiactividad la que se recogía por cada hora.

Por eso los vuelos de entrenamiento se hacían a bajas velocidades, y con el porta bombas lleno de plomo, sustituyendo a los hipotéticos proyectiles que pudieran usarse en una guerra futura, con lo que la absorción de radiaciones quedaba notablemente reducida. Aun así, cuando un piloto llevaba ciento sesenta y cinco horas de vuelo, se calculaba que había absorbido veinticinco *roentgens* y se le retiraba de la vida activa de la aviación nuclear, dejándole diez *roentgens* de reserva, por si en alguna ocasión se precisaban sus servicios para una misión de verdadera importancia.

En cuanto al funcionamiento del motor atómico terrestre, aunque primario, no dejaba de demostrar cierto ingenio en sus proyectistas y constructores. El aire entraba por unas aberturas situadas en las alas, junto al fuselaje, casi en el vértice del delta. De allí pasaba a los compresores, pasando después recalentado, al intercambiador térmico, en el que se dilataba con gran violencia, impulsando al aparato por reacción. El intercambiador mantenía su calor gracias a un metal —no me preocupé mucho de averiguar cuál era—, en estado líquido, calentado a 650º centígrados, circulando constantemente por él, impulsado por una bomba de vapor, la cual aprovechaba el calor de este metal para obtener dicho vapor. La turbina, interpuesta en el trayecto del chorro de gases, era puesta en rotación por éste, y accionaba a su vez, en el mismo eje, al compresor de aire, y el generador eléctrico. La velocidad del avión se regulaba por medio de varillas de control, movidas desde el puesto de pilotaje que, al ser introducidas en el reactor nuclear, donde, en un pequeño infierno, ésta fusionaba continuamente la masa de uranio que con su desintegración producía todo el calor, haciendo descender la

temperatura; y además, en el centro de cada tobera había un cono de escape regulable que, dejando pasar mayor o menor cantidad de aire, también contribuía al aumento o reducción de la marcha. Replegado totalmente dicho cono de escape, el aparato alcanzaba su velocidad máxima, pero tan sólo en contadísimas ocasiones se efectuaba esta operación.

En total, el aparato pesaba unas cien toneladas —hablo siempre de medidas terrestres, tanto de peso como longitudinales o de volumen—, de las cuales, como ya dije, la mitad se iban en el motor atómico y su blindaje. Una servidumbre onerosísima para conseguir que el aire calentado en los turborreactores se precipitara por las toberas de escape con una fuerza de dieciocho mil kilogramos, suficiente para hacer ascender el aparato a diez y ocho kilómetros a mil trescientos a la hora. Poca velocidad, si se le compara con la de otros aparatos que habían llegado a los tres mil kilómetros. Pero, usando combustible líquido que era devorado con grandísima rapidez por los motores, el «Scorpio» tenía la innegable ventaja de poder recorrer más de doscientos mil kilómetros sin aprovisionarse ni reponer el uranio consumido.

Comencé a trabajar intensamente. Debía hacerme el indispensable y una de las cosas en las que pronto conseguí el triunfo fue en una aleación especial de plomo, con lo que reduje el peso del blindaje a la mitad, restando así veinticinco toneladas del peso total de la aeronave, haciéndola ganar velocidad hasta alcanzar los dos mil kilómetros a la hora. Yo mismo fui el encargado de hacer las pruebas, y he de confesar que me abrumaron las felicitaciones que recibí, así como las notas laudatorias que se me acumularon en mi expediente. Pero todo ello, en mi interior, no me importaba lo mínimo. Era simplemente una de las etapas de mi misión.

Todavía quedaba otra cosa: la cuestión de los cohetes capaces de superar la atracción terrestre, y no fui yo quien hizo las gestiones necesarias, sino mis jefes quienes, viendo que allí ya había hecho en un año todo cuanto había que hacer, me enviaron a la base de White Sands, en Nuevo Méjico, desde donde se estaban haciendo las pruebas con proyectiles dirigidos para lograr que un día, desde el punto de vista terrestre, fuera posible la navegación sideral. ¡Si hubieran sabido que entre ellos tenían un hombre que había navegado sesenta o setenta millones de *zodyos* por el espacio…!

Llegué a White Sands una hermosa mañana y enseñé mi pase al centinela de la puerta, quien se volvió para hablar por un micrófono adyacente. Alguien salió a su llamada. Alguien que, como dicen los americanos, me dejó sin habla al verla, luciendo en sus hombreras los distintivos de teniente de las Fuerzas Auxiliares Femeninas, y que me tomó el pase, en tanto yo me quedaba embobado mirándola,

recorriendo lada aquella maravillosa figura no disimulada a pesar del poco galante uniforme, desde el rubio cabello hasta la punta de los diminutos pies, pasando por los espléndidos ojos y la boca de firme y bien delineado trazo.

Pero no fueron estos detalles los que me impresionaron, sino algo que en aquellos momentos no pude definir. Sentí hacia ella una indefinible atracción, como si nos hubiéramos conocido de toda la vida, como si no fuera aquella vez la primera que nos encontrábamos en un sitio tan poco propicio al conocimiento como era aquella base militar. La teniente me alargó su mano:

—Me alegro mucho de tenerle entre nosotros, señor Brew. Su nueva aleación plúmbea ha sido todo un éxito. Revolucionará la técnica nuclear, permitiendo un ahorro de peso, espacio y tiempo verdaderamente considerables. Revolucionarios, diría yo, calificando su descubrimiento con toda exactitud.

Al sentir el contacto de aquella delicada manecita, parecióme que una descarga eléctrica circulaba por todo mi cuerpo. Balbuceé unas cuantas palabras corteses, y ella volvió a sonreírme encantadoramente.

—Siga todo recto, doble al pasar la línea Ka5, a la derecha, y cincuenta metros más allá encontrará la casa del jefe. Preséntese.

Me recuperé y procuré adoptar un tono de frescura.

—Con todos los respetos debidos a la graduación, teniente. ¿Qué hora es la más adecuada para que un humilde alférez la invite a comer? ¿O no se puede hacer tal invitación estando de servicio?

Se echó a reír argentinamente. Me miró, evidentemente complacida, y luego, soltando su mano, que yo había retenido más de lo correcto, me dijo:

—Mañana, a las ocho. Es decir, si usted no tiene nada que hacer.

—¿Firmo el compromiso ya?

—Me basta con su palabra, Brew. Váyase ahora, le están esperando.

—Usted sabe mi nombre, porque lo ha leído. Yo sé su apellido, Carrier, porque lo veo en la tira que hay encima del bolsillo de su camisa. Pero, ¿y su nominativo?

—Lilí, alférez.

—A la orden, teniente. Hasta mañana a las ocho, pues.

Media hora más tarde estaba ante el general Fenn Van Kesten, jefe de la base, quien, parapetado tras una enorme mesa cubierta de papeles y aparatos de intercomunicación, dotados la mayoría de pantalla visora, y de un puro de dimensiones espaciales, soltando más humo que gases un «Scorpio», me alargó la mano:

—Siéntese, Brew, siéntese. ¿Un cigarrillo? ¿Un habano? ¿No?

Es usted un tipo raro. Y, ahora al grano. Celebro mucho tenerle entre nosotros. Su descubrimiento ha causado una verdadera revolución no sólo en la aeronáutica, sino también en la astronáutica. Nos ha ahorrado al menos diez o doce años de duro esfuerzo. ¿Quiere decirme cómo lo consiguió?

Bajé los ojos modestamente.

—Un poco de suerte, señor.

—¿Suerte? —El general se echó a reír—. Bueno, bueno, no quiero insistir más. Sé que los inventores son siempre gente retraída a la cual no les gusta hablar de sus descubrimientos. Mi ayudante le aposentará a usted. Mañana, a las siete, en el grupo D. Aquí comenzamos a trabajar con el sol y no nos retiramos a descansar muchas veces, hasta que no ha salido de nuevo. La labor que le espera es dura, Brew.

Era dura la labor, pero no mucho más que la de derribar aquel grupo de «Scorpio» que, habiéndome localizado por visión directa, se precipitaban sobre mí, haciendo aullar profundamente sus turborreactores. Dejé las evocaciones a un lado y me dispuse a darles una pequeña muestra de lo que podía hacer el ingenio marciano, decenas de miles de años más viejo que el terrestre.

Manejando los controles oportunos, de la parte que en aquellos momentos era la proa de mi aparato, hice salir un rayo de luz que, a cinco mil metros de distancia se partió en dos, como si fueran las ramas de una gigantesca Y, cada uno de los dos brazos luminosos, de alto contenido atractivo electromagnético, se encaminó en derechura a sendos aviones, alcanzándolos en la proa y haciéndolos seguir aquel inexorable camino trazado en el espacio, «tirando» de ellos, a su pesar.

Aquello causó una enorme sorpresa.

Oía sus excitadas conversaciones, jurando y renegando. Me imaginaba a los pilotos tratando de evadirse de aquella inevitable succión, pero todo fue inútil, porque a una velocidad espantosa, tan tremenda que no les dio tiempo siquiera para pulsar el botón que despedía fuera de la cabina la cápsula en la cual iban encerrados y provista del correspondiente paracaídas, se precipitaron el uno contra el otro, transformándose inmediatamente en una luz devastadora que duró un par de segundos, en cuyo tiempo oscureció la luz de sol. Luego, una nube enorme de humo sustituyó en el espacio los dos «Scorpio» destruidos.

Mi aparato se tambaleó ligeramente al recibir un impacto directo, procedente de un cohete con dirección electrónica, disparado por otro de los aviones. Cualquier otro ingenio hubiera sido disipado en un segundo, pero las astronaves marcianas podían resistir eso y mucho más, de modo que la explosión no hizo otra cosa que

conmover un poco al «platillo». Un disparo de mis rayos redujo a cenizas el aparato atacante, y los dos que restaban emprendieron súbita fuga, volviendo las espaldas sin el menor temor al ridículo ni a un posible castigo. Y yo continué ganando altura, acelerando esta vez la marcha hasta rebasar, con mucho la distancia de la Tierra a la Luna, buscando un lugar en el espacio, donde poder transmitir a gusto.

CAPÍTULO V

Desencadenamos el primer ataque contra el país que los terrestres llamaban Rusia. Uno de los principales motivos de nuestra decisión fue que el poderío militar de dicha nación estaba alcanzando límites muy parecidos a los de los yanquis, y además queríamos dar la sensación de que era un ataque provocado por éstos, con el fin de crear confusión en el mundo que queríamos conquistar.

Yo tuve el alto honor de mandar la primera oleada, y a fe que el espectáculo era impresionante. Miles y miles de plateados discos descendiendo con velocidades fulmíneas, cayeron sobre los principales centros fabriles y castrenses rusos, comenzando una sistemática labor de aniquilación. Una ola de fuego se extendió por los cuatro puntos cardinales del país, envolviéndolo en una devastación infinitamente superior a la que sufriera cuando el avance alemán durante la guerra que los terrestres llamaban mundial, de los años 1939 al 45.

Cayendo desde lo alto del espacio, frenando nuestra marcha hasta dejarla reducida a dos mil kilómetros a la hora, conectados los antirradar a fin de no ser descubiertos más que en el momento oportuno, es decir, cuando ya no hubiera remedio, la IV Escuadra, cuyo objetivo era Moscú, se abatió sobre la capital rusa.

El impresionante conjunto de edificios que era el Kremlin, la Plaza Roja, la tumba de sus santones laicos, Stalin y Lenin, y todos los edificios adjuntos, saltaron por los aires cuando una serie de descargas de nuestros proyectores empezó a alcanzar los blancos. Realizando rapidísimas pasadas, nuestros rayos térmicos derretían el mineral de que estaban construidos los edificios, derrumbándose éstos en medio de fragoroso estruendo cuando les fallaban las piedras de la base, convertidas en ígneos arroyos de lava ardiente, que consumían a los aterrorizados habitantes de Moscú, quienes huían espantados sin saber de dónde ni cómo les venía aquel feroz ataque.

Nuestros altavoces independientes estaban seleccionados y así, el equipo de intérpretes me traducía al momento —yo no había estudiado otro idioma que el inglés— cuantas órdenes y contraórdenes transmitía el mando ruso, que muy pronto cesó de darlas al derrumbarse, en medio de una gigantesca nube de humo, el edificio en el cual estaba instalado el Cuartel General. Un par de granadas ultraperforantes, dotadas de barrena en la cabeza, girando velocísimamente el durísimo «sacacorchos» en el que no hacían mella los más tenaces materiales, penetraron, en unos pocos minutos, hasta tres o cuatrocientos metros de distancia de la superficie, estallando a continuación su carga, con objeto de destruir los posibles refugios

antiatómicos, en los que habían podido resguardarse los miembros del Gobierno de la U.R.S.S.

Una detonación doble, apocalíptica, estremecedora, resonó conmoviendo profundamente las capas atmosféricas, cuando el suelo, semejante a un nuevo volcán recién abierto, eructando llamas y luz deslumbradora al mismo tiempo se abrió como consecuencia de la explosión, que elevó a millares de metros los materiales de los destruidos edificios, bajo cuyos cimientos podían haberse resguardado los dirigentes de la nación atacada. Luego, el hongo de las dos bombas, uniéndose en una sola nube radiactiva, se elevó con enorme rapidez a gran altura, oscureciendo el horizonte.

Alguien, en tanto que yo estaba presenciando por medio de los visores la espantosa escena, se me acercó.

—Jadhuz, comunican que la ciudad llamada Stalingrado, se encuentra a punto de caer en nuestro poder.

—Está bien —dije, sin separar la vista de la pantalla—. Que desembarque la infantería de las Escuadras VII y XIV y que ocupe el terreno. Las fábricas de aviones nucleares y de proyectiles teledirigidos deberán ser puestas en marcha inmediatamente. Servirán para nuestros fines.

—De acuerdo, Jadhuz. Comunicaré tus órdenes al momento.

Al mismo tiempo que el Kremlin era destruido varias bombas del mismo tipo estallaban en diferentes puntos de la capital. Pero cuando estaba a punto de dar la orden de desembarcar, el observador me llamó:

—Jadhuz, proyectiles automáticos se dirigen hacia nosotros.

—¿En qué número?

El observador hizo unos rápidos cálculos en una máquina que tenía al lado, iluminándose una serie de lamparitas de todos los colores, quedándose al fin unas cuantas de ellas con luz fija, en tanto que las restantes perdían su brillo.

—Por lo menos vienen cinco mil.

—¿Qué dirección traen?

Nuevamente volvió a entrar en funciones la máquina calculadora, y al fin me contestaron:

—Dirección Este. Distancia 1.200 kilómetros. Proceden de las bases de proyectiles dirigidos, situadas en las inmediaciones del centro siderúrgico llamado Magnitogorsk, al pie de los Urales.

—¿Velocidad? .

—Cuatro mil kilómetros a la hora. Hace cinco minutos que han sido disparados.

—Tardarán diez. Conecte con todos los aparatos de la IX Escuadra.

—Sí, señor. A la orden.

—Deme el micrófono.

Puesto que no comprendían nuestro idioma no tenía por qué cifrar los mensajes, cosa que inevitablemente hubiera tenido que hacer de ser una guerra contra cualquiera de los otros mundos habitados, situados fuera de nuestro sistema, y que lo entendían a la perfección. Pero, afortunadamente, con éstos sosteníamos las mejores relaciones.

—¡Atención todos los aparatos de la IX Escuadra! Cinco mil cohetes teleguiados se dirigen hacia nosotros. Elévense a veinte mil metros y proyecten microondas canalizadoras, que desvíen los cohetes sobre la capital.

Mil doscientos cincuenta discos, en cerrada formación, constituyendo un maravilloso espectáculo, ganaron altura rápidamente. Cada uno de ellos disparó cuatro series de microondas, con las cuales interfirió los mecanismos rectores de dirección de otros tantos cohetes, los cuales, apartados así de su rumbo, se precipitaron sobre Moscú.

Si la anterior visión había sido un gran espectáculo, el de los cinco mil artefactos cargados de alto explosivo de sistema nuclear, fue algo incomparable. La tierra fue sacudida hasta sus más hondos cimientos, en tanto que una interminable teoría de chispazos, en ininterrumpida serie, constituía un desafío al Sol, al superar, durante un segundo, su deslumbradora luz, que a continuación quedaba oculta tras el espeso velo de la nube de polvo y humo. Y hecho esto, ordené:

—¡Atención a todos los aparatos de las Escuadras IV y XIII! Provéanse de trajes antirradiactivos y ocupen el terreno inmediato a la capital. La Escuadra IX se dirigirá, mandada por mí, rumbo a Magnitogorsk.

Aturdidos quizá por nuestro fulminante ataque, los rusos no habían respondido más que con aquel montón de cohetes, que se les habían vuelto, inesperadamente, contra ellos, contribuyendo a la total y absoluta destrucción de Moscú. Ni siquiera su aviación había hecho acto de presencia, y las confusas órdenes que mis traductores me pasaban constantemente, procedían de los generales jefes de las distintas regiones militares que, desconectados por completo de su cerebro, eran prácticamente miembros que se movían convulsivamente, por movimientos reflejos que apenas si tenían relación con su voluntad. Disponían, es cierto, de muchos medios para combatirnos pero, en vez de unirse, cada uno de ellos, de una manera egoísta, se los reservaba para sí, y de esta forma contribuyeron decisivamente a su destrucción. Unidos hubieran retrasado, aunque no evitado, nuestra victoria. Obrando de tan estúpida manera, lo único que consiguieron fue coadyuvar involuntariamente, claro está, con nosotros.

El oficial de comunicaciones se me acercó con un fajo de notas.

—Informo —comenzó a decir con voz monótona—. La I y XII Escuadras han «ablandado» Dniepropetrovsk, Stalin y Rostov.

—Está bien. Que tomen tierra y ocupen el terreno.

—Sí, señor. La II, III y V Escuadras están batiendo toda la zona de Moscú, desde Minsk a Leningrado, incluyendo las capitales de los Estados Bálticos. Piden permiso para desembarcar.

—Concedido —repuse. Las operaciones no podían marchar mejor—. ¿Qué hay referente a las VI y VIII Escuadras?

—Se encuentran al Norte del Paralelo 60, entre los meridianos 30 y 60, de modo que incluyen toda la zona que va desde Helsinki a los Urales.

—Transmita un mensaje al jefe de la VI Escuadra. Ocupe la capital finlandesa. Viborg también es un centro ferroviario importante. Que se desvíe con toda su unidad hacia el Oeste. La X Escuadra deberá ocupar su puesto.

—Sí, señor; al momento —y la impersonal voz de mi oficial comenzó a impartir mis instrucciones, en tanto que los mil doscientos cincuenta discos que constituían la IX Escuadra, a cuyo mando directo iba yo, se dirigía a toda marcha hacia Magnitogorsk. Era muy importante aquel centro siderúrgico y quería observar las operaciones personalmente.

Los mil doscientos kilómetros que nos separaban del objetivo fueron recorridos en quince minutos escasos, y al término de dicho tiempo avistamos la ciudad, imponente conjunto de fábricas y factorías, el humo de cuyas chimeneas oscurecía de por sí el ambiente.

El mando ruso, a juzgar por las conversaciones sostenidas entre sí y captadas por nuestros receptores, se había dado cuenta de que el disparo simultáneo de sus cinco mil cohetes teleguiados había sido tan ineficaz como estéril en lo que a nosotros se refería, resultando en cambio de catastróficos efectos para ellos; de modo que esperaban por los observadores visuales, ya que sus radares no les servían para nada, ser atacados de un momento a otro. Pero tenían otras armas diferentes a aquellas y he de confesar que durante los primeros momentos, como no esperábamos aquella reacción, sufrimos un fuerte desengaño.

Todo Magnitogorsk y sus alrededores estaba convertido en un férreo cinturón de baterías antiaéreas, cuyos cañones enviaban proyectiles con carga nuclear y espoleta de proximidad. Aquellas piezas, copia de las americanas que yo conocía, con una grúa automática al lado de cada cañón, disponían de una especie de cargador, en el que iban doce granadas, que se disparaban en otros

tantos segundos, realizado todo por mecanismos electrónicos que obraban de una manera automática, al quedar vacío el recipiente donde iban colocadas las granadas, colocando otro, en cinco segundos más, en posición de tiro, de modo que en poco más de un minuto —sesenta y tres segundos exactamente—, disparaban cuarenta y ocho bombas, efectuándose la dirección de tiro mediante una célula fotoeléctrica, situada detrás de un objetivo dotado de rayos infrarrojos, capaz de «ver» el blanco en cualquier situación, lo mismo con niebla que de noche, y no lo soltaba hasta haberlo derribado.

El disco que se hallaba más próximo a mí fue alcanzado por una serie de disparos. Los primeros no hicieron mella en él, pero un par de docenas de explosiones nucleares en un cortísimo intervalo de tiempo, envolviéndolo por todas partes, acabaron por destrozar parte de los mecanismos que formaban parte de su maquinaria impulsora y, falto de dirección, comenzó una caída vertical hacia abajo, a veinte mil metros del suelo.

Sin embargo no llegó a estrellarse contra la Tierra. Una segunda racha de explosiones, esta vez impactando directamente, concluyeron de abatir su coraza, y el disco se disolvió en una bola de fuego que nos deslumbró a todos, pareciéndonos que un nuevo astro acababa de surgir en el oscuro espacio que era la estratosfera, desde donde combatíamos.

Un infierno de explosiones se sucedió a continuación. Las granadas antiaéreas de carga nuclear estallaban por todas partes y solamente gracias al perfecto aislamiento sonoro de nuestros aparatos conservamos los tímpanos indemnes. De haber volado en alguno de los terrestres, no lo hubiéramos podido resistir.

Media docena de nuestros discos desaparecieron, convertidos en estallidos de luz y bolas de humo, al ser alcanzados por la D.C.A. enemiga. Pero casi al mismo tiempo comenzamos a dar nuestra correspondiente réplica, disparando contra las baterías rusas las cuales eran perfectamente detectadas por nuestros aparatos de registro, y un círculo de convulsiones geológicas envolvió a Magnitogorsk, cuando, casi al mismo tiempo, fulminaron las defensas que, a decir verdad, nos habían causado mucho más daño del que esperábamos.

Quince o veinte discos, con quinientos hombres de tripulación cada uno, pertenecientes a la infantería, habían sido desintegrados; pero apenas habíamos roto el frente artillero, cuando nos precipitamos a enorme velocidad sobre la Tierra. El momento de desembarcar había llegado.

Ordené que todo el mundo se colocara los trajes antirradiactivos.

—Listos para saltar a tierra —finalicé, y los jefes de patrulla

comenzaron a dar el enterado a los de grupo, y éstos al mando de la Escuadra, con lo que me di cuenta de que estábamos a punto de tomar el primer contacto real con los terrestres.

Más de mil doscientos discos, con seiscientos mil hombres en total, fuéronse esparciendo, en la mayor concentración de fuerzas que podía conocerse en aquella región. Todo nuestro objetivo quedó cercado en pocos momentos, y apenas tocamos tierra, cuando nuestras avanzadillas se dispersaron, buscando a través del humo y el polvo de las explosiones, que todavía duraban, al enemigo para batirlo y poder conquistar la ciudad que preventivamente había procurado sufriera el menor daño posible. Nuestros soldados eran al mismo tiempo excelentes técnicos y pondrían en marcha las instalaciones averiadas, que nos rendirían magníficos servicios, para cuando decidiéramos continuar la guerra con las demás naciones del globo a que estábamos atacando.

Era una visión fantasmal. Miles y miles de hombres, armados todos con fusiles que disparaban toda clase de proyectiles, desde los de pequeña carga atómica, capaces de pulverizar una casa, hasta los destinados a combatir a la infantería enemiga, electrocutándolos, de la misma manera que yo lo había hecho con aquella «pluma» que tan útil me había sido recién llegado a la Tierra.

De repente un grupo de carros de asalto enemigos se apareció delante de nosotros, como surgiendo de una impresionante serie de cráteres abiertos por nuestras bombas. Habría cuarenta o cincuenta, y su aspecto era aterrador, dado el enorme tamaño que tenían, a pesar del cual se movían con suma ligereza. Dos piezas gemelas de veinte centímetros de calibre, en cada torreta, escupían incesantemente proyectiles que estallaban con horrísono fragor, diezmando las primeras filas.

Instintivamente buscarnos refugio en los hoyos.

Durante unos minutos soportamos heroicamente aquella catarata de estallidos, mientras volaban por los aires, destrozados, numerosos marcianos cogidos desprevenidos o sin tiempo para esquivar el fuego enemigo. Pero pronto reaccionamos nosotros y, aun a costa de sufrir sensibles pérdidas, entramos en acción, yo el primero, como un simple combatiente.

Llevaba un fusil atómico. Encuadré el primer tanque en la retícula cruzada del visor, aprovechando un instante en el que sus piezas disparaban en otra dirección, y apreté el gatillo.

Contra lo que esperaba, el tanque no voló en pedazos. Se tambaleó enormemente, pareciendo estar a punto de volcar, mas mi sorpresa fue enorme al ver que el artefacto había resistido perfectamente el impacto. Debían llevar un blindaje durísimo, por lo que repetí les disparos a ritmo acelerado, pues, aun sufriendo terribles

conmociones, sus ocupantes continuaban haciendo fuego contra nosotros.

Al fin llegó lo esperado. El acero cedió ante un disparo más certero y la torreta, grande, pesada, se elevó por los aires como si fuera de simple cartulina, arrastrando consigo a los artilleros, cuyos cuerpos fueron desparramándose en el siniestro viaje en roja lluvia. Y lo mismo les ocurrió a los restantes carros, pues un chaparrón infernal de proyectiles acabó por destrozarlos.

Empezaron a llegar los partes de la batalla. El enemigo resistía encarnizadamente, oponiendo feroz resistencia al avance, pero tenía en su desventaja dos cosas: una la infinita superioridad de nuestro avance, y otra la dispersión de sus mandos y la falta de información del curso de los acontecimientos, en tanto que yo, por medio de un numeroso grupo de enlaces estaba al corriente de todos los progresos o detenciones de mis tropas.

Lenta, pero inexorablemente, continuamos avanzando, eliminando sin piedad los núcleos de resistencia. Algunos grupos de suicidas nos salieron de los lugares más inesperados, a retaguardia muchas veces, debajo de nuestros pies en otras ocasiones y en una de ellas estuve a punto de morir abrasado.

No nos habíamos dado cuenta de ello, por lo que algo que parecían ser unas ruinas no atrajeron nuestra atención y, de repente, cuando menos lo esperaba, un centenar de hombres, portando unos extraños artefactos, salieron corriendo hacia nosotros, antes siquiera tuviéramos tiempo de aprestar los fusiles.

Salieron en grupo, pero obedeciendo a órdenes dadas con anterioridad, se desparramaron en hilera, dejando entre cada uno de ellos un espacio de veinte metros. En las manos llevaban algo muy parecido a un tubo de fino diámetro, del que, a menos de cincuenta pasos, empezaron a salir chorros de llamas.

Salté a un lado, esquivando el mortífero contacto, pero alguno de mis hombres de los que componían el que pudiéramos llamar Estado Mayor, fue alcanzado por la ígnea riada, proyectada con gran presión, y quedó convertido al momento en una antorcha viviente que corrió media docena de metros antes de caer al suelo, donde quedó inmóvil, sin vida.

Aquello me enfureció. Sin preocuparme de apuntar siquiera, coloqué el disparador de mi fusil en posición de tiro ametrallador y, moviéndolo en abanico, hice retemblar el suelo con la serie de explosiones que se provocaron al estallar las balas, haciendo desaparecer a los lanzallamas, cuyo fuego aumentó todavía el horror de la escena. De mi izquierda reaccionaron en forma parecida y, eliminando el obstáculo, continuamos el avance, llegando a los arrabales de la ciudad, que estaban relativamente indemnes.

Las noticias que recibía eran que todo foco había sido eliminado. Viendo lo que nos había ocurrido, ordené que se dejaran bastantes patrullas, para acabar de limpiar posibles partisanos, con órdenes draconianas, y yo seguí hacia adelante, con el fin de instalar grupos de especialistas y vigilantes en las factorías. Los especialistas para ponerlas en marcha y mejorar su rendimiento. Los vigilantes para cumplir su misión de custodia de los supervivientes terrícolas, que constituirían la mano de obra en las labores más penosas, en tanto se construían las necesarias máquinas-herramientas que los sustituirían con ventaja, y que nos servirían para reponer las municiones consumidas, así como para construir más discos voladores, con que atacar a las restantes naciones del orbe, dado que ya habíamos prevenido el traer más combatientes que armas, que podíamos construir, con nuestro ingenio y sus materiales en el planeta que estábamos empezando a conquistar.

Grupos de tiradores selectos iban delante, barriendo toda resistencia, ocupando los edificios, la inmensa mayoría vacíos, puesto que todos los habitantes de Magnitogorsk se habían refugiado al sonar las sirenas de alarma en los refugios antiatómico. El avance continuaba progresando, y ya teníamos a la vista los inmensos talleres Polkaya, en donde se construían piezas de acero para toda clase de máquinas. Dichos talleres constituían uno de nuestros más preciados objetivos, hecho respetar por mí exprofeso.

El oficial de comunicaciones, a una orden mía, me trajo el plano fotogramétrico de la ciudad, levantado en unos segundos merced a nuestras potentes cámaras, que no solamente lo fotografiaban, sino que lo revelaban y positivaban, ampliándolo, también automáticamente, al tamaño deseado. Eché una ojeada indiferente y ordené:

—El Regimiento XXXIX de Infantería, con el XVII Batallón de especialistas deberá ocupar los Talleres Polkaya, El Regimiento LXI y el III Batallón ocuparán la Base de Cohetes Dirigidos Uralya. Todo hombre terrestre en condiciones de sostener una pala deberá ser ocupado inmediatamente en los posibles trabajos de desescombro, caso de que haya habido destrucciones. No quiero que desfallezcan. A cada trabajador forzoso deberá facilitársele el suficiente alimento concentrado en tabletas. Puesto que se les ha de exigir para que rindan, que se les cuide.

El oficial corrió a transmitir las órdenes, y yo continué caminando detrás de un pelotón que, además de eliminar francotiradores, limpiaba el suelo de minas cuando, de repente, la tierra cedió bajo mis pies. Me sentí envuelto en medio de una nube de piedras y polvo, y luego algo me golpeo el casco protector, rompiéndomelo. Sentí un vivísimo dolor en la nuca y la pérdida del



conocimiento sobrevino fulminantemente.

CAPÍTULO VI

¿Por qué había sentido tan inexplicable atracción por una terrestre, por muy bellísima que ésta fuese, como era el caso de la teniente Lilí Carrier? Era algo que no me pude aclarar a mí mismo, por muchas vueltas que le diera en mi caletre y, sin poderlo remediar en manera alguna, me vi sumergido en aquel vértice amoroso, contra cuyos sentimientos todos los esfuerzos que hizo mi voluntad, aun a pesar de usar el auto hipnotismo, fueron por completo inútiles. Y al fin, resignado, abandonado a mi suerte, sintiéndome ampliamente correspondido, sabiendo perfectamente que tan suyo era mi corazón como el de ella mío, me abandoné a las delicias de aquel cariño que, lógicamente, no podía tener más que un fin: el del matrimonio, lo cual ocurrió exactamente a los cuatro meses de habernos conocido. He de confesar aquí mi culpabilidad, pero emplazo a cualquier ser de mi planeta a que, en mi caso, hubiera obrado de diferente manera. Yo no tenía más que una solución y fue hacer de Lilí mi mujer, cosa que ella aceptó en el mismo momento en que se lo propuse.

Así, mientras que yo me dedicaba por entero al trabajo, sintiéndome infinitamente feliz por saberme delirantemente amado, ella, abandonando el ejército, se dedicó a cuidar de mí y del pequeño Tommy, que no tardó mucho en ver la luz, contribuyendo con ello a aumentar, si era posible, la felicidad de nuestra existencia.

Además, en lugar de constituir una rémora para mis trabajos, Lilí no solamente me alentó en ellos, sino que en algunas ocasiones me ayudó de una manera eficaz, dejándome asombrado los conocimientos de matemáticas que poseía y que, a decir verdad, jamás pensé pudieran tener cabida en el cerebro de una terrestre. Recuerdo perfectamente que en una ocasión...

Se me doblaba ya la cabeza sobre los hombros. Me encontraba fatigadísimo, con los párpados cerrándose a causa del sueño que tenía y que no conseguía disipar por muchas tazas de café que tomara. Hasta, hecho increíble en mí, nervioso, desasosegado, había intentado encender un par de cigarrillos, sin conseguir otra cosa que toser en abundancia.

Miré el reloj. Las cuatro de la madrugada. El suelo de mi despacho estaba cubierto de papeles rotos, llenos de cifras y cálculos hechos y rehechos centenares de veces, y aquella cuartilla que tenía ante mí representaba largas horas de duro y, hasta ahora, ineficaz esfuerzo. Perdiendo el dominio de mí mismo, la cogí y ya iba a estrujarla cuando, de repente, sentí que dos manos me cerraban los ojos cariñosamente.

—Es muy tarde ya, querido. Debes acostarte. A las seis y

media tienes que levantarte para ir a la base.

—Tienes razón, Lilí —suspiré—. Pero estos malditos cálculos...

—¿Qué les pasa a tus números, Sam? ¿De qué se trata?

Se lo expliqué en pocas palabras y ella, pasando por delante de mí, se sentó en las rodillas, tomando el papel y echándole lo que me pareció una indiferente ojeada.

—No me extraña que no te salgan tus cuentas, querido.

—¿Que no te extraña? ¡Bah! ¿Qué puedes tú entender de esto, Lilí?

Una sonrisa maliciosa iluminó su hermoso rostro y, con el extremo de su rosado índice, me señaló una ecuación:

—¿Qué significa esta X aquí?

—Es el porcentaje de velocidad que llevará el nuevo cohete diez segundos después de haber perdido el contacto con la Tierra.

—Está bien. Pero, ¿por qué no resuelves el problema partiendo de la masa base, en lugar de la masa fraccionada? Yo creo que eso sería la solución a todos tus quebraderos de cabeza. Si X es la velocidad, FU es la cantidad de uranio que se fusiona en esos diez segundos, 1M es la primera sección que se desprende apenas ha despegado el cohete, 2M es la segunda que se separa a veinticinco mil metros de altura y, en fin, 3M es el último trozo que le resta al cohete cuando ya se encuentra en el vacío, a más de cuatrocientos kilómetros de distancia de la superficie, ¿no sería más práctico poner BM, o sea masa base? Anda, pruébalo así. Creo que a veces te empeñas en que dos y dos son cinco y no hay quien te saque de ahí.

Miré con infinito respeto a mi mujer. Denotaba una superioridad matemática sobre muchos de nosotros de la cual no la había supuesto capaz. Garrapateé durante cinco, minutos febrilmente y, tal como lo había supuesto Lilí, hallé la solución. Arrojé el lápiz a un lado y hundí mi cabeza en su regazo, emocionado, incapaz de pronunciar palabra. Luego levanté los ojos:

—Escucha, cariño —inquirí—. ¿Cómo has sabido dar con ello?

Me sonrió dulcemente.

—No te preocupes. Quizás haya sido una corazonada mía. Ya sabes que las mujeres en esto somos más especialistas que vosotros. Anda —se levantó y me asió de la mano, tirando de mí—. A dormir. Por esta noche ya has trabajado bastante. ¿Crees que tengo ganas de quedarme sin marido? A este paso no me duras ni un año y Tommy y yo te queremos demasiado para consentir que ocurra esto. Mañana, además, te pondrás enfermo y no irás a trabajar. Veinticuatro horas de descanso obrarán maravillas en ti.

Lilí tena razón. Necesitaba dormir, descansar, alejarme de los números, y apenas mi cabeza tocó la almohada cuando inmediatamente caí en el más profundo de los sueños.

Abrí los ojos. La oscuridad continuaba. Alargué la mano para tocar el resorte que abriría automáticamente las persianas, pero no lo encontré. Tanteé por todas partes. ¿Dónde diablos se habría metido el maldito resorte? Yo me había acostado en mi cama, luego debía estar allí. Pero en su lugar toqué algo áspero, rugoso, irregular, que me hirió casi las yemas de los dedos. Y súbitamente recordé que no estaba en mi casa, en los grupos de viviendas de los técnicos y militares de la base de White Sands, sino en algún lugar de la ciudad de Magnitogorsk, en Rusia.

Mas, ¿por qué estaba allí en lugar de encontrarme al frente de mis tropas avanzando hasta ocupar totalmente la gran urbe fabril? Los recuerdos, atropelladamente, vinieron a mi mente, hasta el instante en que me sentí hundir en el suelo y algo, estrellándose duramente contra mi casco protector antirradiactivo, lo había roto, dejándome sin conocimiento,

Hurgué en los bolsillos de mi traje y encontré una pequeña linterna, que afortunadamente no había sufrido nada con el choque. La encendí y, paseándola en torno mío, pude darme cuenta del lugar en que me hallaba.

Aquello era un subterráneo. Sin duda un refugio que, por ofrecer pocas garantías de seguridad contra un ataque nuclear, no haba sido utilizado y que, resquebrajada la superficie del suelo a causa de las explosiones que, aunque lejanas, habían sido suficientes para quebrantar su resistencia, la habían dejado en un equilibrio inestable, del cual había salido apenas tuvo que sostener el menor peso sobre aquel trozo del suelo de Magnitogorsk. Y el peso lo habíamos constituido nosotros, cayendo al fondo de la sima, revueltos con la tierra y los materiales de edificación.

Aquí y allí se veían miembros humanos asomando entre los escombros del hundimiento. Todos ellos, a juzgar por su vestimenta, procedían de los individuos de mi Estado Mayor, muertos, aplastados por la enorme masa de piedras y rocas desprendidas.

Haciendo un esfuerzo logré levantarme. Sentía dolores en todas las articulaciones, pero al cabo de un minuto logré, merced a un poco de ejercicio, encontrarme en condiciones de buscar una salida para la difícil situación en que me había metido, involuntariamente, por supuesto.

El hundimiento se había producido de una rara manera, arrastrando consigo un buen trozo de pavimento, y yo me había salvado por hallarme al borde del cráter producido y no en su centro. Acostumbrados mis ojos a la oscuridad, divisé un rayo de luz arriba, lo que me indicó que allí había algún orificio por el que salir al exterior; pero, en el momento en que me disponía a trepar por aquella montaña de cascotes, unos cuantos rayos de brillante luz se concentraron

sobre mí, dejándome cegado, al mismo tiempo que notaba rumores de voces excitadas, en un idioma desconocido, pero que supuse, y acerté, que sería ruso.

Me volví, dispuesto a defenderme; pero, con profunda consternación por mi parte, no hallé mi fusil atómico. Debía hallarse enterrado y no disponía ya de tiempo para buscarlo. Los portadores de las antorchas eléctricas se me acercaban ya, al mismo tiempo que me gritaban voces conminatorias, para que me rindiese, cosa que no hacía falta entender, porque harto se suponía.

No quedándome otro remedio y ante el temor de recibir un balazo alcé las dos manos. De momento me entregaba, puesto que así prolongaba mi vida. Después ya veríamos lo que pasaba.

Media docena de hombres, algunos de los cuales tenían en sus ojos oblicuos y pómulos salientes las características de la raza mongólica, me encañonaban con sus anticuados fusiles. Uno de ellos, el que parecía ser su jefe, me dirigió unas palabras a las cuales contesté en inglés. Se quedaron estupefactos. Su jefe, saliendo prontamente del asombro que le había producido el ver a un ser de otro mundo hablar en un idioma terrestre, me preguntó, articulando pésimamente las palabras:

—¿Quién es usted? ¿De dónde viene?

—Me llamo Jadhuz y soy el jefe de las fuerzas de invasión de Marte.

—Luego, entonces, ¿no es usted americano? ¿Es cierto que hombres de otro planeta están invadiendo la Tierra?

—Usted lo ha dicho —contesté desdeñosamente—. Venimos a conquistaros. Venimos a evitar que en el futuro, una vez conozcáis la astronavegación, os lancéis a empresas guerreras y ataquéis a otros planetas. En Marte conocemos harto bien vuestra idiosincrasia guerrera y sabemos que, en cuanto podáis, intentaréis extender vuestras conquistas, al precio que sea, a los espacios siderales.

Mis palabras desconcertaron evidentemente al oficial ruso quien, no sabiendo qué hacer, acabó por encogerse de hombros.

—Eso no me incumbe a mí. Síganos, Debemos llevarle al Mando, quien, en definitiva, decidirá lo que ha de hacerse con usted. Únicamente quiero advertirle que no trate de escaparse. Dispararíamos sobre usted sin sentir la menor compasión.

Iluminado nuestro camino por sus lámparas, anduvimos durante un buen rato en silencio únicamente turbado por el resonar de nuestros pasos en el vacío subterráneo. Al fin, cuando ya me parecía que aquel paseo no iba a tener fin, nos metimos en un departamento circular, de unos seis metros de diámetro, cerrándose a continuación por donde habíamos entrado, apenas oprimió un botón el oficial, que acto seguido puso en marcha el mecanismo del ascensor, pues de

este aparato se trataba, y empezamos a descender vertiginosamente a profundidades desconocidas para mí, ya que no tenía ningún punto de referencia en que basarme para hacer una comparación de medidas.

Súbitamente, doblándonos las rodillas, el montacargas se detuvo y una puerta se descorrió en la parte opuesta. Un pasillo brillantemente iluminado apareció ante nosotros, flanqueado de trecho en trecho por inmóviles centinelas armados de típicos fusiles ametralladores de tambor, mala copia del «Thompson» americano, portando, a pesar del calor que hacía allá abajo y que no conseguían disipar del todo los acondicionadores de aire, los no menos clásicos gorros de piel rusos.

El oficial se puso a mi derecha y comenzamos a andar. Al cabo de pocos minutos llegamos al final del corredor, pulsamos un timbre y acto seguido se iluminó un círculo que supuse sería el objetivo de alguna cámara de T.V. por la cual nos estarían observando. Al fin, la pesada puerta se descorrió a un lado y pasamos al espacio inmediato, no sin darme cuenta de que la puerta se cerraba tras nosotros, un reducido ante despacho, sin muebles ni ornamentos, a excepción de unas pesadas cortinas rojas que, apenas habíamos entrado allí, fueron apartadas a un lado por alguien, sin duda un alto oficial, como luego comprobé.

Dando unos pasos hacia adelante, me encontré en una espaciosa habitación, con amplios mapas, unos enrollados, otros extendidos sobre sus caballetes, amén de varias pantallas de televisión, algunas de las cuales estaban en funcionamiento, permitiéndome ver lo que ocurría en el exterior que no era otra cosa que el metódico avance de mis hombres, señalado por algunas inevitables explosiones, con las cuales tenían que quitarse de en medio a quienes se oponían en su camino.

Dos puertas habría detrás, y supuse darían a las habitaciones de servicio. La mesa de despacho era larguísima, semicircular, y varios hombres, con rutilantes uniformes, constelados de brillantes y lujosas condecoraciones se hallaban sentados tras ella, contemplándome con curiosidad. A mi derecha, cosa que me llenó de satisfacción, pues lo pude apreciar a la primera ojeada que eché, había un oficial de Estado Mayor que, a medida que iba recibiendo comunicaciones, iba marcando con banderitas el avance del «enemigo», es decir, de los hombres de Marte, señalado con toda claridad en el mapa, en el que la sección correspondiente a Magnitogorsk estaba, no solamente circundada de dichas señalizaciones, sino invadida espesamente en algunos de sus puntos. Tal como pude apreciar, no tardaría en ser nuestra totalmente. Mas, entre tanto su jefe, Jadhuz, se encontraba prisionero del Mando de

aquella región militar.

El general en jefe, juntando las manos se inclinó hacia mí y, en el más puro acento de Oxford, me preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Cómo se llama?

—Mi nombre es Jadhuz, y soy el jefe de las fuerzas de Marte.

—¿De Marte? ¿Ha dicho usted de Marte? —hubo un movimiento de general expectación al oír mis palabras, que un intérprete tradujo para aquellos de los oficiales que no sabían inglés.

—Sí. Mi pueblo acordó conquistar la Tierra y Rusia ha sido el primer objetivo.

—Mire, general —el ruso me daba ese tratamiento—, también yo soy general, y desde hace veinte años...

—A juzgar por sus grasas —le interrumpí—, debe hacer muchos más años.

Sonaron risitas comprimidas y el ruso enrojeció, lanzando fulminantes miradas a diestro y siniestro que tuvieron la virtud de cortar inmediatamente el buen humor.

—¡Soy el general Krassov y no tolero burlas de un prisionero, por más graduación que tenga! ¡Díganos usted a qué nación pertenece, o de lo contrario lo pasará muy mal, general Jadhuz!

—No olvide, Krassov, que soy un prisionero de guerra y que, como tal, los reglamentos internacionales sobre la materia prescriben el trato a que debo ser sometido.

Mi enemigo sonrió mefistofélicamente, Antes de contestar, echó una mirada en torno suyo, y luego, suspirando visiblemente complacido, se echó para a tras, jugueteando con un abrecartas, murmuró:

—Muy cierto, general Jadhuz. Muy cierto, cuando la guerra ha sido declarada mediante ciertas formalidades que también señalan los tratos a que usted ha aludido. Muy cierto, cuando se pertenece a una nación en conflicto con nosotros. Pero, si usted mismo dice que no pertenece a nuestro planeta, que es un hombre que ha venido de Marte, ¿quién puede evitar que le fusilemos tras haberle sometido a convenientes «interrogatorios» para averiguar lo que nos interese? ¿Quién va a elevar la correspondiente protesta? Si es cierto, y yo no lo creo, que es usted un marciano, ¿tienen representación ante las Naciones Unidas que pueda quejarse del trato inferido a un prisionero suyo? Dígame ahora, después de todas estas consideraciones, usted, que además de guerrero, parece también ser un formidable leguleyo sideral, si en los tratados internacionales que regulan las formas de hacer la guerra, hay alguno que diga qué es lo que ha de hacerse en caso de ser atacados por gentes de otros planetas, así como el trato a que deben ser sometidos los prisioneros que hagan ambas partes en el curso de las batallas.

Krassov tenía más razón que un santo y sus palabras me dejaron helado. No solamente estaba en sus manos, sino que, a juzgar por cuanto había leído yo durante mi estancia en los Estados Unidos, harían conmigo verdaderos juegos malabares con tal de obtener la información que ansiaban. Y no pude evitar, por más que lo intenté, el que los pelillos de mi nuca se erizasen, hecho que el agudo observador que era el general ruso no dejó de notar, visiblemente complacido.

—Ea, no tema usted por ahora, general Jadhuz —me dijo sonriente—. Contrariamente a lo que usted espera, no le vamos a someter a lo que ustedes los americanos —no esperará nos traguemos esa fábula de que ustedes vienen del planeta Marte—, llaman el «tercer grado». En lugar de eso le obsequiaremos con una taza de té, que ya debe estar a punto en el samovar.

Krassov pulsó un botón que había sobre la mesa, en tanto que yo —hay que reconocer que entonces era joven— protestaba indignado:

—Están ustedes confundidos si cree que yo soy americano. Les digo y les repito una y mil veces que he nacido en Marte...

—Si, sí, general —murmuró pacientemente Krassov—. Ya lo sabemos. Dejémoslo para más adelante. ¡Ah! Ya está aquí el té.

Dos hombres entraron y, apenas los vi, cuando sentí una especie de sacudida eléctrica. De buena gana hubiera dicho que aquellas caras no me eran desconocidas; pero, apenas me había formulado tal observación, cuando me eché a reír interiormente. ¿Por qué iba yo a conocerlos, si jamás había estado en Rusia?

Uno de ellos alzó la cabeza y me miró, pareciendo reconocerme, mas el fugaz destello que apareció en sus ojos y que apenas si duró una centésima de segundo, se apagó al instante. Aquello no dejó de chocarme un tanto, pero inmediatamente mi atención se apartó del sirviente, cuando el general Krassov me dirigió la palabra.

—¿Qué le parece, general Jadhuz? Aquí tiene dos camareros que un día llegaron a Rusia, procedentes del Servicio de Inteligencia americano. ¿Sabe lo que respondieron a mis preguntas? ¿Sabe cuál fue la unánime contestación que me dieron cuando les interrogué acerca de su punto de partida? ¿No?

Me encogí indiferentemente de hombros, pero estuve a punto de saltar de mi silla —alguien, deferentemente, me había acercado una—, cuando el general Krassov, bonachonamente, exclamó:

—Pretenden nada menos que ser compatriotas... perdón, habitantes de Marte, también. ¿Qué le parece, general Jadhuz? ¿Divertido, eh?

Miré a los dos hombres y súbitamente se me ocurrió una idea:

—¿Es cierto que sois marcianos? —pero la pregunta estaba hecha en nuestro idioma, y si esperaba que los dos hombres me contestaran, me llevé la gran decepción. Se miraron entre sí, y uno de ellos, tras pedir el oportuno permiso al general con los ojos, me contestó:

—No comprendo lo que dice —mas sus palabras hubieron de ser traducidas por Krassov, ya que fueron pronunciadas en ruso.

—¿Marcianos éstos? —reí desdeñosamente—. No me haga reír, general. El único marciano que hay en esta habitación soy yo. Son tan rusos como usted mismo.

Los dos camareros repartieron tazas y luego uno de ellos tomó el hirviente samovar, disponiéndose a verter el líquido, pero se marcharon cuando Krassov hizo un sencillo ademán con la mano.

Mientras que tomaba a pequeños sorbos la caliente infusión, pensé en el modo de intentar la huida. A pesar de las amables frases del ruso, no ignoraba que, tras aquella benevolente acogida, vendrían los malos ratos y yo no estaba dispuesto a soportarlos. Lástima que por no destruir las factorías, no había querido arrojar unas cuantas bombas provistas de barrena para destruir nidos corno aquél a centenares de metros bajo la superficie de la Tierra. Pero aquella consideración y la de que debíamos conservar todos los terrestres útiles que fuera posible, a fin de emplearlos, como ya dije, en los trabajos, me había impedido dar la orden que a buen seguro hubiera sido efectiva, pues aquel subterráneo ya no existiría. Pero no cabían lamentaciones y lo único importante era pensar en la manera de huir, cosa que no tardé en hallar.

Al lado del lugar en que se hallaba Krassov había una serie de botones. Me levanté y tomé el samovar con la aparente intención de servirme más té; pero, de repente, el ardiente líquido salió proyectado, antes de que el ruso pudiera adivinar mis intenciones, contra su rostro, cegándole y haciéndole emitir una serie de rugidos de dolor que atronaron la estancia.

Durante un segundo, los demás oficiales se quedaron atónitos, estupefactos, cosa que aproveché para, saltando apoyado en una mano sobre la mesa, apretar los botones, consiguiendo lo que yo quería: sumir la estancia en las más profundas tinieblas y producir una gran confusión.

Un maremágnum de gritos e imprecaciones, que yo no podía entender, se elevó inmediatamente de mi acción. Estaba al lado de Krassov y sentí que rebullía por lo que, aprovechando el entrenamiento gimnástico a que me había sometido durante el tiempo que permanecí en Norteamérica, no sin dejar de hacer un soberano esfuerzo, lo así por aquella cintura de tonel, arrojándolo en dirección al grupo que más se agitaba provocando la caída de todos ellos, en

medio de la más espantosa confusión.

Un relámpago cárdeno iluminó durante una décima de segundo la estancia y a su luz pude ver a los oficiales rusos que estaban tratando de incorporarse, al mismo tiempo que echaban mano a sus pistolas. La detonación del que había disparado me lastimó considerablemente los tímpanos, pues fue hecha muy cerca de mí, aunque sin puntería alguna y, orientándome por la llamarada, salté hacia él, le así de la muñeca y se la retorcí cruelmente, a consecuencia de lo cual mi antagonista, lanzó un angustioso gemido de dolor. Un formidable crochet a su mandíbula acabó con todas sus ganas de resistirse y la pistola pasó a mi poder.

Ya podía defenderme.

Empezaron a llamear las armas de los restantes oficiales, en tanto yo me agachaba, procurando no ser alcanzado por las balas que chillaban al rebotar en el durísimo cemento, pero sin hacer uso de la mía para no descubrir mi posición, que de momento en momento iba variando, tratando de alcanzar la puerta aquella por donde habían salido los servidores.

Una voz, la de Krassov gritó, dominando el espantoso estruendo que formaban los continuos disparos.

—¡Alto el fuego! ¡Lo quiero vivo! ¡Entréguese, general Jadhuz y no le pasará nada!

Pero no contesté. No quise exponerme a que, hablando, mi posición fuera descubierta y entonces todos los disparos fueran en aquella dirección, acribillándome antes de que tuviera tiempo de esquivarlos. Por el contrario, oyendo perfectamente los jadeos de los rusos, continué arrastrándome hacia lo que yo consideraba mi salvación, pero en aquel momento un obstáculo se interpuso entre mí y aquella puerta.

Era corpulento de veras el oficial y resistió, con un gruñido de sorpresa el formidable puñetazo que le disparé y que solamente le alcanzó en un hombro. Pero aquello indicó a los demás el lugar en que me encontraba y en un santiamén se echaron todos encima de mí.

Vi que estaba perdido. El momento en que debía sucumbir no podía tardar mucho, a pesar de que derribé unos cuantos a puñetazos y puntapiés, por lo que, furioso, perdido ya el control de mí mismo, me decidí a jugarme el todo por el todo, y una bala, junto con una lengua de fuego y una violenta explosión salió de mi pistola.

Sonó un alarido de dolor e inmediatamente sentí que la presión cesaba ligeramente, por lo que, animado, repetí la suerte, derribando a otro ruso, mas, pero antes de que pudiera evitarlo una mano me arrebató el arma, dejándome por completo indefenso.

Durante un instante logré rechazar el asalto enemigo. Mas,

cuando ya, desesperado, apoyando las espaldas en la pared, pensaba si ceder, cesando en la lucha, algo cedió detrás de mí, unas manos me oprimieron los hombros y de repente me sentí sustraído a la lucha.

CAPÍTULO VII

Partí de Marte hacia la Tierra, a los veinticinco años, aproximadamente, de mi edad marciana, que en el planeta hacia el que me dirigía venían a ser unos cuarenta y seis años y nueve meses. Teniendo en cuenta que la primera explosión nuclear terrestre había tenido lugar el 16 de julio de 1945, cuando yo contaba ocho años marcianos, haciendo las oportunas reducciones, resultaba que yo llegué a mi destino muy cerca ya de 1977, por lo que nuestra invasión comenzó en 1982.

Durante esos cinco años que estuve en la Tierra, y gracias a la falsa documentación que me proporcionara Hallsback, con la que pasé por un perfecto indígena, tuve tiempo de crearme no solamente una firme reputación, sino una familia además, cosa que, aun amando a ambos con infinita ternura, no dejaba de lamentar. Ahora me había ligado con lazos indestructibles a aquella raza, mas no por eso dejaba de pensar en que, por encima de todo y de todos, estaba el cumplimiento de mi misión, no sin que por eso se me partiera el corazón al recordar los amargos trances por los que pasarían Lilí y el niño. Confiaba, no obstante, en que, como mujer con un niño, sería atendida preferentemente y siendo ella a la vez un excelente técnico, no ignoraba los terribles efectos de los bombardeos nucleares, por lo que esperaba salieran con vida cuando decidiéramos atacar su nación.

No obstante, había una cosa que no dejaba de perturbarme y era el trato a que podría estar sometida. Tenía cierta tranquilidad, porque se darían cuenta de que ella era absolutamente inocente de todo cuanto yo había hecho, mas al mismo tiempo dudaba de sus reacciones al enterarse de que estaba casada con un ser de otra raza, extraplanetaria con relación a la Tierra. ¿Seguiría amándome o, por el contrario, me odiaría al saber que yo era uno de los principales jefes de la invasión marciana? Estas dudas me torturaban incesantemente el espíritu y, sin poderlo evitar, volví a los felices días de las primeras vacaciones que, al término casi de mis cinco años de estancia en la Tierra, considerando todo a punto para comenzar la ofensiva, decidí tomarme, por varias razones. Una de ellas los insistentes ruegos de Lilí, que no cesaba de pedírmelo desde mucho tiempo atrás, y otra el que comprendía que, para las duras luchas que se avecinaban, debía estar en plena forma y un largo descanso me era necesario.

Uno de los sitios elegidos fue Boulder City, al lado del lago formado por la gigantesca obra hidráulica que era la presa de Boulder, en el río Colorado, que me dio una idea bastante aproximada de las realizaciones y de las posibilidades norteamericanas, bien que ya, en

el tiempo que yo me encontraba allí, las centrales atómicas habían substituido por completo a las otras, por lo que más que nada se usaba aquel lago, de cerca de doscientos kilómetros de largo, con una anchura variable entre uno y veinte, con frondosas márgenes bordeadas de hileras ininterrumpidas de blancas casas, destinadas especialmente a ser alquiladas a las personas que como nosotros iban de vacaciones para estos fines.

Durante unas cuantas semanas, Lilí, el niño y yo nos solazamos y divertimos en abundancia, gozando del placer del aire y del sol, verdaderamente maravillosos en aquel lugar y en aquella época del año, bañándonos a diario en la playa artificial que teníamos frente a nuestra casita. Y cuando ya se aproximaba el término de nuestro descanso, coincidente con el del momento de obrar, decidí regresar a White Sands. Una mañana, sin decir nada, me llevaría a mis dos seres más queridos, al lugar donde tenía guardada la astronave, que seguía perfectamente, cosa de la que yo estaba enterado, porque había dejado en marcha una emisora de radio de onda ultracorta, de una frecuencia solamente conocida por mí, y cuya señal captaba, en cualquier receptor, siempre que deseaba asegurarme de que no ocurría ninguna novedad en aquel sector.

Pero antes, y con el pretexto de que teníamos tiempo de sobra, convencí a Lilí de que me habían entrado deseos de, ya que habíamos gozado de una buena temporada de *camping*, disfrutar una semana al menos de la vorágine que era la súper civilización terrestre de Nueva York, a lo que ella accedió entusiasmada.

De modo que, haciendo paradas nocturnas en el primer «Motel» que nos salía al paso, fuimos acercándonos a Nueva York y ya estábamos cerca de esta ciudad, cuando de repente surgió lo imprevisto.

Toda maquinaria es perfecta mientras que funciona, mas aun cuando sea gigantesca, basta un simple granito de arena para detenerla, echando a perder todo lo conseguido y, en aquella ocasión, Tommy hizo de granito de arena. Fue a la entrada de la gigantesca urbe, cuando a Lilí se le ocurrió hacerse una fotografía con el chico en brazos, teniendo como fondo la impresionante teoría de rascacielos que ya se encontraban a menos de mil metros de nosotros, casi en la entrada del puente de Brooklyn.

Detuve el coche y mi mujer fue la primera, con Tommy, en descender, y en aquel momento, al niño se le escapó la gruesa pelota de colores que llevaba y con la que estaba muy encariñado. Antes de que Lilí pudiera darse cuenta, el pequeño ya se había desasido de sus brazos y corría hacia la esfera, que rodaba lentamente, con pequeños botes, por el centro de la autopista.

Lilí gritó horrorizada, haciéndome comprender de una ojeada

lo terrible de la situación. A menos de cien metros, corriendo a noventa a la hora, un coche se precipitaba sobre Tommy que, ajeno, inconsciente al peligro en que se hallaba, pugnaba por alcanzar la pelota que una y otra vez se le escapaba de las manos. El alarido de pánico de mi mujer me hizo saltar como impulsado por una ballesta, mas en el mismo momento en que mis manos alcanzaban al niño me di cuenta de que no conseguiríamos evadirnos de la muerte, por lo que, sin pensarlo un segundo más, sin recordar siquiera la sagrada misión que me había llevado a la Tierra, sin darme cuenta en aquellos instantes de que no era un marciano, sino un padre cuyo hijo estaba en mortal peligro, di un brusco empujón a Tommy, haciéndolo rodar sobre el asfalto, en el segundo exacto en que el automóvil, lanzado, sin poderse desviar, caía sobre mí.

Sentí un agudísimo dolor en todo el cuerpo en el momento del brutal choque. Me pareció que flotaba, extendiendo caprichosamente brazos y piernas por el espacio, en medio de una luz blanquísima y cegadora, que me envolvía en su atronador estallido. Pero aquel momento de deslumbramiento doloroso pasó rápidamente: apenas si duró una centésima de segundo. Lo último que recuerdo, antes de despertarme, tres semanas más tarde en el Hospital, fue el angustioso grito en el que Lilí había puesto todo el alma, pues desde la posición en que ella se encontraba le pareció ver que no solamente yo, sino el niño también, era atropellado. Después, el negro capuchón de la inconsciencia cayó sobre mis ojos, envolviéndome durante más de veinte días.

Mas ahora no podía perder el tiempo en evocaciones. Dos manos me habían arrebatado de las de los rusos, ayudándome a escapar de las suyas, en medio de la obscuridad de aquella estancia contigua y una boca junto a mi oído:

—¡Venga con nosotros! No tema. Somos amigos.

Francamente, al ser ayudado, ya esperaba algo de esto, por lo que no me tomó de sorpresa que me dijera que fuera en la dirección que me indicaban tomándome de la mano, en tanto que los oficiales rusos, reponiéndose de mi furibundo ataque, trataban de derribar la puerta que, de alguna manera desconocida para mí, había sido bloqueada por aquella persona que en lugar absolutamente hostil para mí, se había brindado a auxiliarme de aquella manera que podríamos calificar sin ningún reparo de gentil. Pero lo que sí me lleno de estupefacción y me dejó sin aliento fue el que mi incógnito salvador hablara en el idioma de mi patria sideral, en la dulce lengua de Marte.

—¿Quién eres y por qué te encuentras aquí?—. inquirí, deteniéndome a mi pesar.

El otro volvió a darme un tirón:

—Este no es el momento de dar explicaciones, sino de

rehuirlas, y los rusos nos las pedirán antes de cinco minutos, cuando vuelen la puerta. ¡Vamos!

Tenía razón el desconocido, mas en tanto que corríamos, por lo visto debía conocerse al dedillo aquellos pasadizos, porque no le vi titubear un solo momento, le pregunté:

—¿Y tu compañero? ¿También es de Marte?

—Sí. Nos está aguardando en cierto lugar desde donde podremos salir a la superficie. En cuanto empezaste a pelear se dispuso a prepararlo todo.

En aquel momento una bocanada de aire caliente nos oprimió los pulmones dolorosamente, destrozándonos los tímpanos el estampido de la detonación de la carga con que al fin habían logrado abrirse paso. Y al mismo tiempo las luces se encendieron.

—Habrán dado con la central de emergencia. Encargué al otro que estropease los fusibles.

Sin embargo, todavía les llevábamos considerable ventaja, pero de repente un grupo de soldados rusos nos salió al paso, encañonándonos con sus fusiles.

—¡Al suelo! —gritó mi conductor y le obedecí harto oportunamente, porque una serie de balazos, desplazando violenta y siniestramente el aire, pasaron por encima de nuestras cabezas, en cerrada descarga, que atronó tan reducido espacio. Pero el marciano no se quedó quieto: entonces me di cuenta de que se había provisto a su vez de una pistola ametralladora que ladró tronitosamente, haciendo retroceder a los soldados que no esperaban ciertamente tan enérgica reacción, dejando dos o tres tendidos en el suelo, en tanto que los restantes procuraban buscar refugio en los accesos laterales del túnel. Pero en aquel momento, cuando me decía a mí mismo que aquel retraso tan inoportuno no podía traer sino desgracia sobre nosotros, otra arma automática emitió una serie de chispazos y los cuerpos enemigos comenzaron a derrumbarse en medio de gemidos de agonía. Si algún superviviente quedó, procuró encomendar su salvación a sus piernas, porque puso entre él y nosotros el mayor espacio posible.

Miré de nuevo al rostro de mi salvador, por el que corría un hililllo de sangre:

—Está herido —le dije,

Me sonrió cariñosamente:

—No tiene la menor importancia. Ha sido una esquirla del cemento que me ha rozado en la frente. Continuemos.

Aquella cara continuaba desconcertándome. La encontraba muy parecida con la de alguien que conocía yo, pero no acertaba a descifrar quién era esta persona. Y lo mismo me ocurrió con la del otro marciano, que me puso la mano encima del hombro satisfecho:

—Que el Señor del Universo te proteja luengos años. Esperábamos, nunca desconfiamos de ello que algún día vendríais a libertamos. Nuestros anhelos no han sido defraudados.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté. Su sonrisa era indefinible.

—Lo sabrás más adelante, cuando todo esto haya concluido. Ahora lo que nos conviene es salir cuanto antes de aquí.

—Si pudiéramos comunicar con la superficie... —murmuré yo, meditabundo, en tanto que continuábamos corriendo en una dirección cuyo destino ignoraba.

—Todos los aparatos de transmisión están en poder de los rusos. No tenemos otra cosa que las armas portátiles —me contestó el primer marciano.

No cabía otra cosa que resignarse, y así, dando vueltas y revueltas, sin cesar de correr, pues las vagonetas que corrían por los raíles de los túneles, en inacabables vías que se entrecruzaban constantemente, no funcionaban, dado que la luz del alumbrado no poseía la suficiente fuerza de voltaje para moverlas, ya que procedía de una central auxiliar de poca potencia.

Al fin llegamos a un sitio circular muy parecido a aquel en que había descendido al ser capturado. Me di cuenta de que era otro montacargas y uno de mis compañeros, los dos tenían aproximadamente la misma edad, el doble de la mía, se encargó de manipular los controles del aparato, cerrando la puerta de acceso, y haciéndolo ascender, dándole toda la marcha, para detenerse a los pocos metros bruscamente, con un frenazo tal que nos hizo despegar los pies del suelo. a causa de la inercia.

—¡Diablos! —refunfuñe—: ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—No lo sé —murmuró el que manejaba el ascensor, tocando frenéticamente los botones que lo ponían en marcha, sin conseguir ningún resultado práctico.

—Podemos salir de aquí —sugerí—: Abrimos la puerta y por el cable...

El otro compañero que estaba a mi lado sonrió tristemente, denegando con la cabeza:

—No podemos. Este ascensor es un cilindro dentro de otro tubo, lleno de aire comprimido. Solamente pueden abrirse las puertas cuando nos encontramos en exacta conjunción con un corredor. Pero ahora —miró el indicador de pisos—, estamos a mitad de camino de la planta y el primer piso, contando desde aquella.

—Y bien, ¿qué solución proponéis?

Pero no tuvieron tiempo siquiera de contestarme. Una voz ya conocida de mí, la del general Krassov, exclamó interrumpiéndome:

—Entregaos o de lo contrario os mataremos. Encerrados en este tubo no tenéis la menor probabilidad de escapar. De la otra

manera, garantizo la vida de los tres.

Yo solo hubiera resistido, sin importarme las consecuencias, pero tenía conmigo a aquellos dos compatriotas que habían sacrificado su relativo bienestar por salvarme a mí, y de cuya suerte, a pesar de las melifluas palabras de Krassov, no me cabía la menor duda. Que le interesara conservarme a mí, podía tener una explicación, siendo el general en jefe de las fuerzas atacantes, pero a los otros dos, usados como simples sirvientes, no les tendría la menor compasión. De modo que, dirigiendo mi voz al micrófono colocado junto al altavoz, me dispuse a hablar, cuando el marciano que tenía a mi lado, me detuvo.

—¡No! Déjame a mí. Yo hablaré con el general

Dio dos pasos hacia adelante y exclamó, seguro de sí mismo:

—¿Qué forma empleará para liquidarnos, si no nos entregamos, Krassov?

Sonó una risita ahogada de éste, perceptiblemente escuchada:

—Haré subir el ascensor hasta cerca de la superficie y luego vaciaré de repente el aire comprimido. Será una bonita tortilla, ¿verdad, general Jadhuz?

La frente se me cubrió de gotas de sudor, en tanto que el ascensor reanudaba su ininterrumpida marcha hacia arriba, sin gran velocidad, pues el sadismo de Krassov le impulsaba a disfrutar de la ocasión. ¡Una caída en vertical de casi cuatrocientos metros! Era para hacer desmayar a cualquiera, pero entretanto yo me sumía en tan amargos pensamientos, mis compañeros, sin prestar atención al continuo chorro de palabras con que el ruso pretendía hacernos disuadir de nuestra resistencia, trabajaban en algo que, preocupado como estaba, no me fijé mucho.

El término de nuestra ascensión tardó menos en llegar de lo que esperábamos y todavía no habían hallado el remedio para nuestro mal. Krassov nos lanzó el ultimátum definitivo.

—Por última vez, señores. No quiero que me tachen de desconsiderado. ¿Se rinden o prefieren morir?

Uno de los marcianos, no me fijé en cual de ellos, escupió algo en ruso, algo que debió ser altamente ofensivo, según mis suposiciones, porque no logré entenderlo, pero sí en cambio escuché la atroz respuesta del general que, tras una sarta de encolerizados improperios, fulminó su orden:

—¡Vacíen el aire comprimido!

Sentí inmediatamente que el suelo del ascensor huía bajo mis pies. El artefacto emprendió un descenso acelerado, fulmíneo, hacia su destrucción, y con ella, la nuestra, a cuatrocientos metros de distancia, atravesando el espacio como un proyectil, en tanto que mis compañeros trabajan frenéticamente, sin preocuparse poco ni mucho

de la espantosa caída.

Cuando ya me veía destrozado, estrellado, roto, sangrante, dentro del montón de hierros retorcidos que dentro de unos segundos se convertiría el ascensor, se oyó una exclamación de alegría:

—¡Ya está! ¡Nos hemos salvado!

Y en el mismo momento, la sangre me huyó de la cabeza hacia las extremidades, al mismo tiempo que éstas, doblándose, incapaces de resistir mi peso, hacían que cayera al suelo, al igual que los otros dos, a causa del súbito frenazo que pegó el artefacto.

No fue instantáneo, pues de tal forma, sin necesidad de otra cosa hubiéramos perecido aplastados contra el suelo simplemente por inercia. Disparadas las mordazas del freno automático, se oprimieron contra el tubo interior; a causa del repentino frotamiento, la temperatura se hacía insoportable. Pero, y esto era lo importante, estábamos salvados. Siquiera fuera momentáneamente.

—¡Os destruiré! Haré que os suelten una carga explosiva desde la parte superior y ahora sí que no conseguiréis evitar el morir. Ya no quiero daros más ocasiones de salvar vuestro sucio pellejo. Vosotros lo habéis querido así, adelante, pues, con las consecuencias.

Nos miramos todos con rostros consternados.

Realmente la situación era apuradísima. Si la carga hubiera sido lanzada contra el suelo del montacargas, quizá hubiera resistido algo, pues estaba construido para soportar la presión del aire comprimido en sus viajes de ascenso, pero la tapa superior era de una delgada plancha, cuyo único objeto era el simple aislamiento del larguísimo tubo. Las mismas balas de las pistolas ametralladoras que teníamos hubieran atravesado aquella protección con toda facilidad.

—¡Qué lástima! —exclamé—. Ahora que casi nos podíamos considerar salvados...

Pero de repente se me ocurrió una idea luminosa:

—¿Habéis mirado en que lugar nos hemos detenido?

—¡Caramba! Pues es verdad. No se me había ocurrido —dijo uno de ellos y en el mismo momento, oprimió la puerta y ésta se abrió, dejando ver un largo pasillo, desierto en aquellos momentos, brillantemente iluminado. La voz de Krassov se dejó oír:

—¡Buen viaje, marcianos! ¡A ver si de ésta llegáis a vuestro planeta!

—¡Corramos! —grité—. Corramos o nos alcanzará la explosión.

Me lancé hacia adelante, mas no había dado media docena de pasos, cuando un numeroso grupo de soldados, a menos de cien metros de distancia, nos cerró el paso. ¡Y una carga explosiva había sido soltada contra el ascensor que teníamos a nuestras espaldas, a


sólo dos metros de distancia!

CAPÍTULO VIII

Nuestra situación era verdaderamente crítica, pero el momento no exigía raciocinio que nos hubiera hecho perder un tiempo ciertamente precioso, sino acción, y acción rápida por añadidura. De modo que, antes de que tuviera tiempo de enterarme de lo que me ocurría, mis dos compañeros asiéndome casi en volandas me hicieron pasar a una habitación contigua, cuya puerta cerraron en el justo instante en que el paquete de explosivos chocaba contra la parte superior del ascensor.

Una atronadora explosión se dejó sentir. La puerta que habíamos cerrado saltó por los aires yendo a parar hasta el muro frontero, y solamente el hecho de habernos apartado de ella nada más entrar en aquella estancia debemos la vida, pues a pesar de su peso fue arrancada de sus goznes como si hubiera sido de sencillo papel, en lugar de duro acero. Sonó un ruido sordo cuando, tras atravesar todo el espacio, se detuvo, al mismo tiempo que una oleada de ardientes gases invadía la habitación.

Afortunadamente, tanto éstos, como la onda resultante de la explosión se diluyeron notablemente en dos sentidos principales: uno de ellos, a todo lo largo del tubo del ascensor y el otro, en la dirección en que se nos había aparecido aquel grupo de soldados que, sorprendidos por la rapidez con que habíamos obrado, no tuvieron tiempo siquiera de disparar contra nosotros. No se esperaban tampoco el enorme fogonazo que, recorriendo con increíble rapidez la distancia que los separaba del centro de la deflagración, los abrasó, arrojándolos contra los muros y convirtiendo sus cuerpos en informes masas sangrantes.

Nos asomamos con precaución al exterior y vimos que afortunadamente teníamos el camino despejado y continuamos corriendo. Disolvimos una «reunión» de media docena de rusos antes de que tuvieran tiempo siquiera de reaccionar y luego entramos en una grandísima habitación, cuya puerta cerró uno de mis compañeros.

Miré en mi torno. Aquel trozo del subterráneo mediría unos cincuenta metros de anchura, siendo de iguales dimensiones en todos los sentidos y no tenía apenas muebles. Lo único que había allí era una especie de cohete o bomba, con una cabina en la punta, de unos treinta metros de altura, situada exactamente debajo de un orificio circular, cuyo final no podía vislumbrarse a causa de la obscuridad que en él reinaba.

—¿Qué artefacto es éste? —pregunté, harto intrigado.

—Un avión cohete, de alas replegables —me contestaron—. Es uno de los secretos rusos más celosamente guardados. Puede

alcanzar velocidades increíbles, llevando tres hombres de tripulación dentro del aparejo.

—No veo el objeto... —murmuré, todavía sin comprender, pero me dijo uno de ellos.

—Ya lo verás más adelante. Ahora lo que importa es salir de aquí.

Ya estábamos en la cabina, echados en las literas amortiguadoras de la aceleración, cuando de repente, todavía con las correas en la mano, sentí una repentina aprensión:

—¿Y si en el final del tubo hay una tapa de cierre y nos estrellamos contra ella?

—Sujétate bien y no ternas, Jadhuz. La apertura es automática, apenas se pone en marcha el aparato. ¡Cuidado, que arranco!

Durante un par de minutos trepidó ligeramente al comenzar a salir los gases por la única tobera del cohete, pero éstos eran absorbidos automáticamente por un potentísimo aspirador que había inmediatamente debajo. El ruido fue haciéndose insoportable, hasta que al fin, con un rugido de fiera el aparato comenzó a correr por un tubo de trescientos metros de longitud, aumentando espantosísimamente su velocidad a cada segundo que transcurría.

Sentí una dolorosa opresión en todo el cuerpo, principalmente en el pecho y vientre. Mi cuerpo, aumentado súbitamente de peso, cinco o seis veces más, pareció aplastarse contra el grueso mullido de la litera antichoque, pero al fin, con un suspiro de alivio, un fogonazo nos indicó que nos hallábamos en el exterior, iluminados por aquel ardiente sol, cuyos rayos incidían de pleno en el teatro de la lucha.

Como una bala disparada por un cañón, así salimos nosotros de aquel tubo y, apenas lo había hecho, noté que era proyectado hacia adelante por el doble efecto de la resistencia del aire y de las alas al ser desplegarlas, entrando también en funcionamiento los «flaps» o frenos, a fin de reducir la velocidad de marcha.

Girando sobre sí mismo, el piloto de la aeronave la puso en vuelo horizontal, inclinando a continuación el morro ligeramente hacia adelante, con el fin de observar la forma de desarrollarse las operaciones.

—¿No hay aquí un micrófono? —pregunté, y al momento me alargaron uno.

No hacía falta que usara contraseña para darme a conocer de mis tropas. Nuestra hermosa lengua era completamente desconocida en la tierra y solamente un nacido en Marte podía usarla, de modo que llamé:

—¡Atención! ¡Atención a todos los soldados de la invasión! Habla Jadhuz. Quiero ponerme en contacto con el coronel Sohhay.

Repetí las palabras anteriores dos o tres veces, hasta que al fin llegó la ansiada respuesta:

—Coronel Sohhay al habla. ¿Eres verdaderamente Jadhuz?

—El mismo —reí complacido ante su sorpresa—: He tenido la suerte de salir con vida del atolladero en que me metí al derrumbarse la parte superior de un subterráneo. ¿Quieres darme una indicación de la marcha de las operaciones?

—Al momento. Toda la zona comprendida entre los meridianos 30 y 60 ha sido ocupada. El enemigo ofrece tenaz resistencia, pero la vamos quebrantando poco a poco.

—¿Viborg? —pregunté.

—Es nuestro. Las comunicaciones de aquella parte han sido totalmente interrumpidas. Helsinki, la capital de Finlandia, ha enviado parlamentarios.

—Que destruyan todas sus armas. Es la condición indispensable para la rendición.

—De acuerdo. Continúo. Toda la Zona situada al Oeste de Moscú es nuestra ya. Minsk, Leningrado y las capitales bálticas han caído en poder de las Escuadras II, III y V.

—Una vez destruidas las armas del enemigo, la III y V Escuadras deberán dejar a la II la labor de policía y reconstrucción de factorías. Las primeras marcharán hacia la Siberia y ocuparán Tobolsk, Omsk, Tomsk, Semipalatinsk y Novosibirsk, como objetivos principales. Enviaré como refuerzo la XII Escuadra, en tanto que la I realiza la misma misión que la II en Dniepropetrovsk, Stalin y Rostov.

—Entendido. Ahora mismo transmitiré las órdenes.

—¿Qué hay respecto a Magnitogorsk, Sohhay?

—Muy poca cosa que hacer. Dentro de escasas horas, tal vez mañana, las factorías Polkaya reanudarán el trabajo. Afortunadamente, nuestro ataque ha sido tan rápido que no ha habido tiempo de apagar los altos hornos.

—¿Y la base de proyectiles dirigidos Uralya?

—También está en nuestras manos. Ha sufrido algún destrozo inevitable, pero ya están entrando en acción las brigadas de obreros prisioneros.

—Gracias, Sohhay. Ahora debes hacer una cosa. ¿Te has dado cuenta del lugar de donde salí de las profundidades de la Tierra? ¿No? Toma el plano de la ciudad. Al sur, a la izquierda del río Ural, a seis kilómetros de Magnitkaya. ¿Está claro?

—Sí. Desde luego. ¿Qué ocurre?

—Envía un batallón con excavadoras y abre un camino desde el río Ural hasta el lugar en que se encuentra la entrada de los subterráneos. Vuela las puertas y luego inúndalos. Se encuentra allí el general Krassov, jefe de las fuerzas enemigas, que es el que me hizo

prisionero. No me importa que se salve, sino la inutilización de sus refugios, y quizá resistiera una bomba de profundidad. A cuatrocientos metros de la superficie, la presión del agua será irresistible y hará saltar todas las compuertas de seguridad que pueda haber. Yo voy a aterrizar en la parte de las factorías Polkaya destinada a oficinas. De momento instalaré allí el cuartel general.

—Todas tus órdenes serán cumplidas al momento, Jadhuz.

El piloto de aquel aparato me había oído, de modo que no necesitó le repitiera mis deseos, Y en tanto perdíamos altura le pregunté:

—¿Cómo te llamas y cómo es que te encontrabas allí?

—Mi nombre es Khyram, número de registro LK 23.770.984[5]. Fui uno de los enviados a este planeta para estudiar sus condiciones con objeto de preparar la invasión que ahora ha sido llevada a cabo, con feliz éxito, pero tuve la mala suerte de que se me estropeara el mecanismo de dirección a causa del violento roce con la atmósfera terrestre y, viendo que no podía gobernarlo, ordené a mi ayudante que saltara con el paracaídas. Por lo menos uno de los dos debía continuar la tarea.

—¿Y cómo es que tú, Khyram, te trajiste a un ayudante? Todos los demás que fueron enviados lo hicieron por separado.

—Quebranté la consigna del Supremo Consejo. Así —murmuró amargamente mi interlocutor— recibí mi castigo, porque lo perdí y no he vuelto a saber de él. Yo continué el viaje y aunque mi aterrizaje fue bastante violento, a costa de sufrir graves heridas, logré, salvar el pellejo, pero caí en una zona próxima a la capital rusa. Todos los interrogatorios que me hicieron no consiguieron sus propósitos de que me hiciera pasar por americano. A pesar de sus amenazas de muerte no renegué de mi nacimiento jamás, en parte por orgullo y en parte porque supuse, y acerté, que jamás se creerían que era de Marte. Siempre pensaron que era una fábula más de lo que ellos decían el imperialismo capitalista yanqui y, en vista de ello, me enviaron como esclavo a las fábricas de Magnitogorsk. Introduje algunas modificaciones en el sistema de inyección de los altos hornos, que duplicaron su rendimiento, y eso me valió ganarme poco a poco su confianza, llegando por fin a ser el servidor personal de Krassov, quien, infatuado, siempre anduvo presumiendo de que un americano fuera el que le limpiara las botas. En cuanto a mi ayudante —me pareció que los ojos de Khyram se llenaban de lágrimas al suspirar—, no he vuelto a saber de él.

—¿Y tú? —miré al otro marciano—. ¿Cómo te llamas? ¿También llegaste aquí de la misma manera?

—Exactamente, pero solo, sin ayudante. En cuanto a mi nombre, prefiero ocultarlo. He fracasado en la misión impuesta y

solamente, si triunfamos, cosa que no dudo, viendo la marcha de las operaciones, podré presentarme ante el Supremo Consejo para recibir la sanción correspondiente.

Me di cuenta que el marciano que no quería declarar su nombre desviaba su vista de la mía, clavada fijamente en él. Pero no le di importancia. Respetando sus sentimientos, no le forcé a declarar su identidad, cosa que podía haber hecho, dado que yo era allí el jefe supremo, pero ya estábamos a punto de tomar tierra en el centro de las edificaciones rectoras de las factorías.

Aterrizamos de popa, frenando con los gases de la tobera de escape, y apenas habíamos pisado el suelo cuando una gran multitud de mis soldados me cercó, vitoreándome y alzándome en hombros, alegres y satisfechos, no solamente por haberlos conducido a la victoria, sino por haber vuelto junto a ellos. Durante unas cuantas horas me habían llorado como muerto y, todo hay que decirlo, aún a trueque de pecar de inmodesto, mis cinco años pasados en la Tierra, preparando concienzudamente aquel momento, me habían convertido en el héroe de mi patria sideral.

Desaparecido todo mi Estado Mayor, encargué a Sohhay el trabajo de reorganizarlo, y en tanto el coronel, ayudado por Khyram y el otro, quienes quedaron directamente a mis órdenes, se dedicaba a dicha labor, me entretuve, en tanto descansaba, en escuchar las emisiones de las radios americanas.

En términos generales venían a decir todas lo mismo, con ligeras diferencias:

»Un desastre sin precedentes parece haberse abatido sobre Rusia. Decenas de miles de aparatos desconocidos, llevando a bordo centenares de hombres cada uno, han caído sobre aquella nación, llevando la muerte y la destrucción a muchas ciudades —aquí daba la relación de ellas—, y cuando el terreno ha sido convenientemente machacado, las fuerzas de la infantería han desembarcado, ocupando el terreno, a pesar de la feroz resistencia que en muchos puntos ha sido opuesta. En estos momentos, según parece por las informaciones que, naturalmente, son muy incompletas, dichas fuerzas, por completo desconocidas, están bombardeando las ciudades siberianas más importantes situadas al S.E. de los Urales...

»Ante la grave situación creada —decía otra emisora—, el Gobierno americano ha decidido declarar el estado de emergencia, poniendo en alerta a todas las bases militares, cancelando todos los permisos y movilizando los efectivos primarios de la Guardia Nacional, quienes se dirigirán...

Sonreí levemente. Los Estados Unidos empezaban a tomarnos miedo, pero todavía no sabían lo que era bueno. Decidí pensar en el mensaje que les iba a enviar Sam Brew; mas apenas en mi

imaginación había redactado las primeras palabras cuando una sirena de alarma empezó a dejar oír sus estremecedores aullidos.

Me levanté de la silla y ya me iba a lanzar hacia la salida cuando se precipitó alguien hacia mí. Era el desconocido.

—¿Qué ocurre? —le pregunté—. ¿A qué esa alarma?

—Aviones suicidas se dirigen hacia aquí.

—¿Aviones suicidas? —aquello era nuevo para mí—. ¿De dónde diablos han podido salir? ¿No ordené que se inundaran los subterráneos?

—Es cierto, pero todavía no habían abierto las excavadoras la mitad del canal cuando los pilotos ocuparon sus aparatos, idénticos al que tomamos nosotros, y empezaron a salir. No van a tardar ni cin...

Caímos al suelo. Una violentísima explosión, ocurrida muy cerca de allí, acababa de sonar, y la onda explosiva, rompiendo puertas y ventanas, destrozando tabiques, lo arrasaba todo. Durante un par de minutos nos sentimos arrastrados, golpeados, tundidos, hasta que al fin aquel soplo salva je cesó en su aliento.

Nos levantamos y salimos al exterior. Un enorme hongo se elevaba, girando en oscuras y espantosas volutas, a miles de metros de altura. Habría caído a unos diez kilómetros de distancia, pero en aquel momento escuché unos gritos de terror.

Procedían de un grupo de soldados que indicaban el cielo, en el que se veía un negro puntito que lo surcaba a tremendas velocidades, en nuestra dirección. Y su trayectoria terminaba irremisiblemente en el punto en que nos encontrábamos.

Antes de cinco segundos estaríamos volatilizados, pero en aquel momento ocurrió lo inesperado: un plateado disco de las fuerzas marcianas se acercó, ganándole en rapidez, al avión ruso y, colocándose a su lado, lo obligó, por contacto directo, en una habilísima maniobra, a desviarse, haciéndole perder la trayectoria casi vertical que seguía.

Después de haber pasado por encima de nosotros, a un par de miles de metros de altura, en tanto que de todos nuestros pechos se escapaba un suspiro de satisfacción, sintiendo el violento desplazamiento de las capas atmosféricas, fue a caer a una docena de kilómetros de distancia. Prevenidos en esta ocasión, las consecuencias de la explosión fueron mucho más reducidas y apenas nos causó daños. No obstante, media docena de aparatos más guiados por pilotos juramentados, se abatieron por varios puntos fundamentales de las gigantescas factorías, destrozando en algunas de ellas los altos hornos, vertiendo el metal en fusión, que se desparramó con ígnea avenida, que consumía cuanto encontraba a su paso, causándonos numerosísimas bajas.

Pero los pilotos de los discos que más pronto habían podido

apestarlos rechazaron el último y definitivo ataque, haciendo estallar a la mayoría de los aparatos suicidas en el aire, en alturas a las cuales las consecuencias no eran de temer para nosotros.

Sí en cambio habían salido perjudicados, puesto que nuestras pretensiones eran las de continuar en funcionamiento con las factorías y, aunque de momento estábamos en guerra, a la larga todo aquello que hacíamos no dejaría de redundar en su propio provecho. Pero dejé de preocuparme de aquello para lanzar un mensaje sobre los Estados Unidos.

Hice instalar una emisora, la cual disparó unas ondas que interfirieron a las suyas y cortaron en el acto todas las transmisiones. Quería que los doscientos setenta millones de americanos lo supieran al mismo tiempo y aquella era la mejor manera de obtener el resultado apetecido.

Comencé a hablar:

¡Atención a todo el pueblo americano! ¡Atención al Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica! Os habla el que vosotros, a través de la radio, la televisión y los periódicos, conocéis con el nombre de Sam Brew. No ha habido fantasía en las declaraciones de vuestras autoridades al sostener que era un hombre de otro planeta. Soy el jefe de las fuerzas de invasión de Marte y hemos venido a la Tierra para conquistaros y destruir todo vuestro armamento atómico. Rusia está ya prácticamente en nuestras manos y mis equipos de especialistas están destruyendo todos los stocks de armamento nuclear ruso. La fuerza desencadenada por la desintegración del átomo no será utilizada más con fines bélicos, que pudieran comunicar el incendio de la guerra a otros mundos siderales habitados. Solamente se usará con fines civilizados. Os conminamos a entregaros para evitar toda efusión de sangre. Venimos a traeros una súper civilización no soñada jamás por vosotros, una de cuyas primeras consecuencias será el comunicaros el secreto de los viajes espaciales, por los que tanto tiempo venís suspirando. Éstos ya no constituyen ninguna novedad para nosotros. Os ruego lo tengáis en cuenta: rendíos a mis fuerzas y no habrá guerra, que tendría espantosas consecuencias para vosotros.

Pero la respuesta no se hizo esperar. Dejándoles un canal de ondas para que pudieran emitir, advirtiéndoseles previamente, antes de un par de horas me contestó alguien:

—El Gobierno de los Estados Unidos ha decretado rechazar de plano el ultimátum de ese Sam Brew, a quien no reconocemos ninguna autoridad, y le prometemos en cambio una horca y un nudo corredizo si logra caer en nuestras manos. Rechazaremos toda intimación y contestaremos a la fuerza con la fuerza, al fuego con el

fuego y a la sangre con la sangre, pero advirtiendo al que se titula jefe de las fuerzas de invasión de Marte una cosa: su mujer y su hijo están en nuestro poder. Apenas haya muerto el primer americano, ellos morirán también.

CAPÍTULO IX

Confieso francamente que esperaba la respuesta americana. No en vano había convivido con ellos durante cinco años y conocía de sobra su carácter. Sabía que se opondrían con todas sus fuerzas a nuestros intentos de invasión, teniendo la ventaja, sobre los rusos, de estar advertidos ya de lo que ocurría. Ahora comprendía mi error de atacar a éstos, creyendo, un tanto ingenuamente, que al enterarse de la suerte corrida por Rusia, ellos se apresurarían a rendirse apenas fueran conminados a ello. Pero, como se ha visto, me había engañado de medio a medio, Sin embargo, no era la posible resistencia a vencer la que me cubría de arrugas la frente. Tenía confianza en nuestros propios medios, sabiendo además que la II y III Armadas, compuestas cada una de doce escuadras de mil doscientos cincuenta aparatos cada una, treinta mil aparatos en total, derramarían millones y millones de marcianos sobre aquella nación en la más fantástica invasión que jamás pudieran soñar. Por muchas fuerzas que pusieran en pie de guerra, no podrían nunca no superar, pero tan siquiera igualar el número infinito de las nuestras, contando que nosotros ya estábamos prestos al combate, en tanto que los yanquis teman que empezar a movilizar, y una movilización no se improvisa en veinticuatro horas. Aun contando con los tres o cuatro millones de hombres que normalmente componían su ejército, éstos serían barridos fácilmente, si intentaban oponerse a nuestro paso. Pero yo quería hacer una demostración que les hiciera darse cuenta de lo que podía ocurrirles si persistían en su loca idea.

Pensando en Lilí y Tommy, procurando que su recuerdo no interfiriese mis facultades de raciocinio con objeto de no hacer fracasar un plan largamente estudiado y meditado, decidí marchar en su busca. Sabía cómo localizarles, por muy guardados y escondidos que se encontraran, pues había empleado en ello el mismo sistema que usara con Hallsback para caso de una posible traición por parte de éste, en vista de lo cual decidí partir hacia los Estados Unidos, en tanto que la I Armada continuaba la sistemática ocupación de Rusia.

Llamé a Khyram y al otro marciano, así como al coronel Sohhay.

—Debo partir hacia América. Tengo que recuperar a mi mujer y mi hijo, antes de desencadenar la batalla final, si no quieren rendirse. Vosotros dos me acompañaréis. Sohhay queda nombrado jefe supremo de las fuerzas de la I Armada.

En Marte no había habido nunca ejército propiamente dicho. Todos sus habitantes trabajaban en sus diversas ocupaciones; mas, si en alguna ocasión, y ya hacía siglos que no ocurría, entrábamos en

guerra, todos acudíamos a tomar las armas, y una de las bases principales del ejército era la disciplina que no permitía nunca discutir las órdenes de un jefe por extravagantes que pudieran parecer. De sobra se sabía que cuando alguien era nombrado comandante de las tropas era porque merecía la aprobación y la confianza del Supremo Consejo, y que acciones, aparentemente extrañas, convergían después en resultados victoriosos. Pero, a lo que pude escuchar de labios de Sohhay, aquello sobrepasaba toda rareza y, haciendo un supremo esfuerzo sobre mí, palideciendo ante el castigo que esperaba recibir por discutir mis palabras, me habló:

—No comprendo, Jadhuz, las razones que tienes para ir a América. Te casaste con una terrestre, ¿no? ¿Qué te importa ahora lo que pueda ser de ella y de su hijo? ¿Crees que cuando regreses no tendrás doncellas marcianas de insuperable belleza que perpetuarán la gloriosa estirpe del más glorioso de nuestros héroes? Podrás elegir tu mujer entre miles de millones de hermosas que se sentirán infinitamente honradas con que solamente les dediques una indiferente mirada. Deja a tu mujer. No comprometas el éxito de la empresa. Si tú perecieras en ese hipotético rescate, ¿quién nos conduciría al triunfo?

Le puse una mano sobre el hombro.

—Mi buen Sohhay, ciertas cosas no son fácilmente comprensibles para los hombres de Marte que no han vivido en este planeta. Terrestre o marciana, para mí es mi mujer, y ha, como tú dices, perpetuado mi estirpe. Debo rescatarla y lo haré con la ayuda de Khyram y de este otro compatriota que, por la razón que sea y que respeto, se niega a declarar su nombre. Estaré en contacto directo contigo. Y ahora ya hemos hablado bastante. Dame un disco de tamaño reducido, equipado completamente. Partiremos al instante.

Sohhay comprendió que toda resistencia a mis intenciones era inútil y que acabaría por realizar lo propuesto. Así, pues, en el momento en que me despedí de él en la puerta de la astronave, me miró como si contemplara a un hombre a quien no va a ver jamás, porque se encamina derechamente a la muerte.

Apenas habíamos salido a la negrura de la estratosfera cuando dije a Khyram que me pusiera en contacto con el Gobierno de los Estados Unidos.

—Atención. Habla Jadhuz, jefe de las fuerzas de invasión marcianas. Quiero ponerme en contacto directo con el Presidente. Repito.

Pero alguien me contestó:

—El Presidente no está dispuesto a tratar con bandidos ni piratas. Si es cierto que procedéis de Marte y pensáis atacar nuestra nación, os hacemos ver que será conveniente lo estudiéis mucho

antes de intentarlo. Y en cuanto a ese Sam Brew...

—Sam Brew y Jadhuz son una misma persona –repliqué lleno de justificable orgullo—. He convivido con vosotros durante cinco años y estoy al corriente de todos vuestros secretos técnicos y militares.

—Es lo mismo, Jadhuz o Brew, quienquiera que seas —me replicó el portavoz militar —. Recuerda que, en todo caso, tu mujer y tu hijo están en nuestro poder. Y dicho esto, no volveremos a entrar en otras negociaciones contigo que no sean las de tu incondicional rendición.

—¡Aguarda! —grité—. ¡No cortes! Sé que estáis evacuando las ciudades más importantes, entre ellas Nueva York. Quiero, antes de nada, haceros una demostración, sin causaros víctimas. No deseo vuestra sangre, sino simplemente la destrucción del arsenal nuclear que poseéis.

No me contestaron siquiera, dándome cuenta de que tanto Khyram como el otro me miraban, aguardando mi decisión. Clavé mis ojos en los suyos y ordené secamente, sin la menor sombra de vacilación en mi voz:

—¡A toda marcha al oeste!

La Tierra, a treinta mil metros debajo de nosotros, comenzó a desfilar vertiginosamente. A tan gran altura, el aire estaba muy rarificado, por lo que su resistencia era mínima, de modo que no rebasamos una velocidad prudencial de diez mil kilómetros a la hora, más que nada por no perder demasiado tiempo decelerando. Me situé ante el puesto de mando, haciendo funcionar la pantalla televisara, dotada de dispositivo telescópico, que acercaba enormemente los objetivos observados.

De repente empezó a titilar una lucecita a mi derecha. El desconocido murmuró:

—Se nos acercan varios proyectiles dirigidos.

—¿Cuántos? —pregunté indiferente.

—Uno... dos... —empezó a contar, concluyendo—: Una docena al menos.

—Proyector de rayos térmicos —ordené.

—Listo el proyector de rayos térmicos —repuso Khyram.

—¿A qué distancia se encuentran los cohetes?

El desconocido, hacia el cual sentía una viva simpatía desde el primer momento en que lo vi, simpatía cuyo origen no sabía explicarme, me contestó tras un breve cálculo:

—A mil doscientos kilómetros. Se acercan a ocho mil a la hora.

—Está bien. Khyram, déjales acercarse a ciento cincuenta kilómetros. Quiero que los americanos observen en sus pantallas registradoras para lo qué sirven sus preciosos cohetes.

—De acuerdo.

Continuamos volando rapidísimamente, sin preocuparnos poco ni mucho de aquellos diabólicos artefactos que, a otras personas distintas a nosotros, hubieran causado verdadero pánico. Pero, como había dicho, quería hacer a los yanquis unas cuantas demostraciones de nuestro infinito poder.

El tiempo entre la observación de aquellos proyectiles guiados automáticamente por la atracción del blanco y su llegada al punto elegido para su destrucción transcurrió rápidamente. Apenas si fueron unos cuantos minutos.

—Se acercan ya, Jadhuz. ¿Disparo?

Me incliné hacia la pantalla de la derecha. De la misma salía una cinta de papel, en la cual iba grabada la trayectoria de los cohetes, con indicación de la distancia recorrida, así come de la que faltaba para llegar al lugar que habíamos elegido, y en la cual podía seguirse con toda claridad el camino recorrido por aquella docena de ingenios, cargados cada uno con una bomba-U de cincuenta kilotones.

No creí oportuno demorarme más.

—Duro con ellos —dije, usando una pintoresca frase americana que me hizo sonreír a mi mismo y que no por ello dejó de comprender Khyram,

El proyector de rayos térmicos funcionó satisfactoriamente; y, aunque solamente lo usamos durante unos pocos segundos, sus resultados no pudieron ser mejores.

Los cohetes avanzaban hacia nosotros en dos hileras superpuestas de seis cada una, yendo dos artefactos en cabeza, como si fueran los destinados a romper el fuego, y éstos comenzaron a disolverse, en una serie de chispazos deslumbradores, de potencia lumínica superior al Sol, acompañados de horrísonas detonaciones, cuando los rayos térmicos, precipitando la acción de sus circuitos de encendido, provocaron el lanzamiento de las masas menores de uranio sobre la principal, haciéndoles así alcanzar la masa crítica y disponiendo la explosión prematura de los cohetes. Durante cinco segundos inolvidables se produjo el más fantástico espectáculo de fuegos artificiales que a ser humano le sea dable presenciar.

Atravesamos la espesa nube radiactiva, dejándola atrás en un minuto, y sonreí satisfecho mirando a mis dos compañeros, que me correspondieron en la misma forma. Acabábamos de darles una buena lección, pero ésta no era más que un simple anticipo. Todavía tenía otros triunfos guardados en la manga y no iba a tardar mucho en emplearlos.

A la tremenda velocidad que volábamos, pronto estuvimos a la vista de la costa este americana. Por lo que fuera, habían dejado de insistir en sus intentos de derribarnos, viendo que sus más

perfeccionados ingenios, y aquéllos destruidos lo eran, no servían para sus intenciones, que no eran otras que las de detenernos a toda costa.

—Vira 20º al SO —indiqué a Khyram, y éste, obedeciendo, colocó al aparato en la ruta de Nueva York.

Cuando estuvimos cerca de la ciudad manejé la pantalla visora, acercándome todo lo posible, y era grandioso el espectáculo de la ciudad, vista desde treinta mil metros de altura, a pesar de las espesas capas de nubes; pero solventé dicho obstáculo por los rayos infrarrojos de que estaban dotados los dos objetivos del aparato de T.V. con objeto de producir una visión estereoscópica del terreno a observar.

Poco a poco la ciudad fuese acercando —habíamos detenido la marcha, dejando el aparato casi inmóvil— y me di cuenta del problema que constituía la evacuación de una ciudad tan enorme.

Las masas de ciudadanos salían por todos los caminos, usando todos los medios de locomoción, llevándose consigo lo más imprescindible. Veía claramente a los miembros del ejército, ayudados por los voluntarios de la Defensa Pasiva, mantener el orden, contribuyendo eficazmente a la deshabitación de la gigantesca urbe, cuyo centro de cemento, la selva de rascacielos de Manhattan, aparecía ya totalmente desierto.

Era un espectáculo realmente impresionante y, de haber sido yo un terrestre, deprimente en extremo. Todas las calles aparecían sucias, revueltas, llenas de objetos tirados y abandonados por los moradores de la ciudad, obligados a ello por los encargados del mantenimiento del orden, con objeto de no sobrecargar los transportes. Millares de vehículos yacían muertos, dejados de cualquier forma por sus dueños, pues habían sido embarcados en los autobuses y ferrocarriles del Gobierno con el fin de no entorpecer las vías de comunicación, atestándolas de coches. Muchísimos de ellos aparecían volcados, rotos, destrozados y más de uno incendiado en los choques subsiguientes a las primeras oleadas de pánico que con toda seguridad habían asaltado a los ciudadanos neoyorquinos. Pero, para mis fines, aquello no podía convenirme más.

—Kyram, conecta el refractor de rayos luminosos. No quiero ser observado.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó.

—Descender hasta casi el nivel del suelo. Pon también en funcionamiento el antirradar y pierde altura hasta que yo te lo ordene.

Obedeció sin hacer más pregunta, y en pocos minutos contemplamos por visión directa la ciudad a nuestros pies, Siguiendo mis indicaciones, seguro de no ser vistos ni detectados, Khyram colocó el aparato de manera que enfilara la base del gigantesco

Empire State Building, el edificio más alto de la ciudad, ya que el American State, edificado en las postrimerías de 1975, situado mil metros más allá, no le rebasaba. Pero aquellos dos gigantes de la arquitectura eran mis objetivos, y la segunda demostración que pretendía hacer a los americanos.

—Déjame tu sitio —pedí a Khyram que se levantara y yo me senté ante el protector de rayos térmicos que empecé a manipular, disparándolos y concentrándolos contra la base del Empire State.

La elevadísima temperatura que se produjo en el sitio deseado comenzó a fundir el cemento y la piedra, transformando ambos materiales en un río de lava ardiente. Tenía enfocado el proyector de tal manera que no fuéramos alcanzados por el derrumbamiento del rascacielos, y poco a poco, la base fue licuándose, en medio de espesas columnas de vapor.

La piedra y el cemento fundidos comenzaron a correr, quemando igualmente el asfalto. La faja disuelta fue aumentando de tamaño y de espesor y de repente comenzaron a desprenderse trozos enteros de pared.

Súbitamente, con un fragor espantoso, se derrumbó todo el rascacielos. Primeramente se inclinó a un lado, oscilando fuertemente, al mismo tiempo que de su estructura global se desprendían enormes cantidades de piedras y fragmentos de muros, que caían a la calle a doscientos metros más abajo en impresionante catarata, con espantoso fragor, desprendiendo espesísimas nubes de polvo. Luego, deshaciéndose como un castillo de naipes de infinito tamaño, el Empire State cayó abajo con una fragorosa detonación apenas comparable a la de veinte bombas-U, aplastando, en un amplio círculo, todos cuantos rascacielos de menor altura tenía más próximos, elevándose a grandísima altura la polvareda formada por la atomización de los materiales de construcción derruidos, quedando, cuando se disipó aquella altísima montaña de cascotes y escombro que substituyó, junto con los procedentes de los edificios más cercanos, a la orgullosa obra de la arquitectura terrestre, de la cual no quedaba ahora más que un montón ingente de ruinas,

—Creo que, como demostración del poder de nuestras armas, ha estado maravillosa —murmuró el desconocido.

—Todavía no hemos terminado. Queda el American State, de una altura similar a la del que hemos destruido. ¡Vamos a por él! —dije, y Khyram puso el disco en marcha.

A poca velocidad, atravesando la nube de polvo que todavía no se había disipado, nos dirigimos hacia otro edificio; pero apenas nos habíamos metido en ella, cuando sentimos unas fuertes explosiones y el disco se tambaleó violentamente, estando a punto de derribarnos al suelo.

Aquello, de momento, me sorprendió.

—¿Qué ocurre? —grité, pero ninguno de mis dos compañeros supo darme la respuesta exacta.

Sin embargo, yo lo comprendí al momento.

Era cierto que los refractores de rayos luminosos nos hacían invisibles a los aparatos ópticos, pero no habíamos contado con que, al meternos en una polvareda de aquel tamaño nos pasaba algo parecido a lo que leí en cierta novela fantástica cuyo protagonista había conseguido hacerse invisible. No le veían, mas le descubrieron por las pisadas en la nieve y así consiguieron matarle. Nuestro aparato constituía una solución de continuidad en la nube de polvo y alguien, más avispado que los demás había disparado, y continuaba haciéndolo, contra nosotros.

—¡Más velocidad! —gruñí, barriendo el espacio con las ondas de radar y descubriendo por fin al aparato enemigo.

No disparaba proyectiles muy rápidos, puesto que podíamos escuchar, usando los audífonos, el maullido de las granadas antes de rebotar contra nuestra coraza exterior, pero tampoco me convenía soportar aquella lluvia de proyectiles.

—Khyram, necesito una esfera de radiaciones térmicas a doscientos metros del disco.

De esta forma neutralicé las granadas enemigas que, aunque de poca potencia explosiva, podían, a fuerza de repetirse, causarnos alguna avería irreparable. Las bombas estallaron inofensivamente y, al fin, el aparato enemigo, demasiado lejos para poder ser observado por simple visión, desistió de ello, máxime cuando al salir de la espesa columna de polvo, volvimos a hacernos invisibles.

—Ahora le toca el turno al American State —dije, y me coloqué a quinientos metros de distancia, empezando a usar los rayos térmicos contra de su base, que comenzó a transformarse al momento en un río de lava.

Pero en aquel momento ocurrió algo dramático. Parpadeó la bombillita del receptor de radio y, al conectarlo, resonó una voz:

—¡Atención, atención! Queremos hacer una advertencia a Jadhuz o Brew, o como se llame. Le rogamos que no dispare sobre un aparato que está volando por encima del American State. Le enviamos un obsequio. Esperamos sea de su agrado. Corto.

Nos miramos los tres intrigados. ¿A qué diablos podía referirse aquel portavoz del Gobierno de los Estados Unidos?

Abrí una portilla exterior, para ver mejor de qué se trataba, y mis ojos captaron prontamente un avión a muy poca velocidad, apenas la indispensable para sustentarse en el aire, del que diez segundos después empezaron a caer dos puntos negros, cuya velocísima marcha fue detenida por sendas semiesferas blancas,

quedándose en lento y suave balanceo en tanto descendían muy despacio.

Abrí mucho los ojos no queriendo creer lo que éstos estaban viendo. Las dos personas que caían eran una mujer y un niño. ¡Lilí y Tommy! ¡Mi esposa y mi hijo!

La sorpresa era grandísima, pero más lo fue cuando oí a mis espaldas un desgarrador lamento:

—¡Hija mía! ¡Khyria! ¡Khyria!

Me volví súbitamente. Era Khyram el que gritaba espeluznado, extendiendo sus brazos como si quisiera coger en ellos a la mujer que se encontraba en aquellos momentos a unos trescientos metros del suelo. Y su rostro era fácilmente visible, pálido, pero sereno a pesar de todo, porque en el momento en que los paracaídas se habían desplegado, conectamos la visión telescópica. Un poco más arriba de ella bajaba Tommy para el que su inconsciencia le hacía parecer aquello un juego y agitaba sus manos y pies en el aire, muy divertido.

—¿Khyria? ¿Qué diablos...? —empecé a decir, pero Khyram no me hizo el menor caso. Lanzando un rugido de cólera, impulsó al aparato hacia adelante y entonces, a pesar de haber estado a punto de caer hacia atrás, me di cuenta de los motivos que lo impulsaban a obrar así.

¡Los rayos térmicos habían continuado funcionando y el American State empezaba ya a resquebrajarse, desprendiéndose de su estructura grandes masas de piedras, algunas de las cuales pasaban muy cerca de Lilí y Tommy, quienes descendían en el punto exacto en que iba a producirse el derrumbamiento!

CAPÍTULO X

Aterrador, espeluznante, era el espectáculo del gigantesco edificio del American State, colosal muestra del tremendismo yanqui en la construcción de edificaciones, derrumbándose casi en bloque sobre nosotros.

Mejorada la técnica arquitectural, no se caía a trozos como el Empire, sino casi de golpe y, de pie en la puerta de la astronave, importándome muy poco que fuéramos o no vistos, ya empezaba a sentir la violencia del aire desplazado por el rascacielos, golpearme el rostro, vuelto hacia Lilí que se mordía los labios para no gritar de espanto. Estoy seguro de que no era por ella, sino por el niño que, instintivamente, había comprendido que aquello no era un juego, sino algo peor que la misma muerte y sollozaba aterrorizado.

Cogí primero a mi mujer por la cintura, en tanto que Khyram, también mortalmente pálido, continuaba en los mandos del aparato, manteniéndose en la misma posición durante aquellos angustiosos segundos en los que el American State caía sobre nosotros. El desconocido me ayudó:

—Déjame a mí. Yo la desceñiré los atalajes —pues Lilí había concluido por desmayarse, a pesar de su fortaleza de ánimo—. Coge tú al niño.

Khyram ascendió unos metros y Tommy penetró en la astronave reconociéndome al momento, no preocupándome de soltarle los atalajes. El paracaídas lo siguió, y en el mismo momento el disco, impulsado por sus motores, hábilmente manejados por su piloto, saltó hacia adelante, derribándonos a todos al suelo, mas, cuando ya nos creíamos salvados, cuando ya la puerta se había cerrado, un brutal golpazo, con atronador estruendo, volvió a arrojamos al suelo a todos, en confuso montón.

Varios golpes más, semejantes a enormes puñetazos dados por mano de gigante movida de arriba abajo, sacudieron la metálica estructura. Se tambaleó la astronave y de no haber sido empleado en su construcción durísimo metal, fuertemente reforzado por tensas viguetas, hubiéramos perecido aplastados por aquellos trozos desprendidos de la masa principal del rascacielos.

Pero, si de momento conseguimos salir indemnes en lo que a nuestras personas se refería, no ocurrió lo mismo con el disco, que súbitamente quedó obscurecido al fallarle, por lógica avería, los motores.

—¡Hemos perdido el control! ¡Nos precipitamos a tierra! —gritó Khyram.

—Pon en marcha el motor de reserva. Frena por lo menos el descenso.

Pero también éste se encontraba averiado.

No obstante y aunque con notoria imperfección, el motor de reserva había cumplido su misión, y el choque contra el suelo se verificó con relativa lentitud. Pero aquello concluyó de destrozar el aparato.

Cuando se pasó todo y nos pudimos incorporar, paseé mi mirada en torno. Lilí había despertado ya de su desvanecimiento y se arrojó en mis brazos:

—¡Oh! ¡Querido, qué ratos tan amargos he pasado!

—¿Por qué no me dijiste que eras una marciana?

—¿Por qué no me lo confesaste tú también? —me sonrió llena de picardía a pesar de la apurada situación en que nos encontrábamos—. Esperaba que tú lo adivinaras. Si hubieras obrado como un marido debe obrar, lo hubieras sabido desde el primer momento.

—No comprendo... —pero Khyram nos interrumpió.

—Estoy muy contento de volver a verte, hija. Pensé que no volvería a verte jamás.

—¡Papá —sollozó ella, y entonces una brusca idea cruzó por mi mente. Relacioné la solución de aquel problema que ella me diera aquella noche con la historia que Khyram me contara y...

—De modo que Lilí era su ayudante, ¿no es eso? Pero, ¿por qué no me lo dijo?

—No me lo preguntaste, hijo —me sonrió Khyram—. Y la verdad, es que tampoco se me ocurrió a mí. Me alegro infinito de haber venido a ayudarte. Hubiera acogido a tu mujer, aun siendo una terrestre, con la misma alegría que ahora lo he hecho con Khyria, pero, naturalmente, me satisface muchísimo más que sea una compatriota nuestra. ¿Y éste hombrecito es tu hijo? —exclamó tomando en brazos a su nieto.

—Sí —pasé el brazo por el talle de mi adorada Lilí—. Pero háblele en inglés. No sabe el marciano, aunque ya cuidaremos de enseñárselo...

—Ahora —terció el desconocido—, lo que debemos es cuidar de salir de este atasco. Estropeados los motores, estoy seguro de que nos han localizado y, o mucho me engaño, o antes de diez minutos van a llover aquí las bombas.

—Está bien. ¿Han quedado armas portátiles en condiciones de ser usadas?

—Sí. Hay unos cuantos fusiles de granadas demoledoras.

—Nos los llevaremos. ¿Aparatos de transmisión?

—Ninguno. Todos están destrozados por el choque.

—Es lo mismo. Lo que sobran en Nueva York son establecimientos donde se venden aparatos y materiales de radio. Construiremos uno y haremos que la I Armada sobrevuele el lugar

para protegernos.

¡BOOM! ¡BOOM!

Dos enormes detonaciones resonaron muy cerca, levantando al aparato unos centímetros del suelo a consecuencia de la conmoción.

—¡Vámonos! ¡Ya nos han visto y en cuanto mejoren la puntería acabarán por hacer astillas el disco!

—Yo tomaré el niño en brazos —dijo Lilí.

Era su madre y no le discutimos el derecho, en tanto que los hombres, sin prisas, pero sin perder tampoco un segundo, tomábamos los fusiles atómicos, y varios cargadores de repuesto.

Abrimos la puerta, pero en aquel momento percibí el aullido de una granada que caía sobre nosotros:

—¡Al suelo!—grité, cerrando la puerta.

La explosión sonó muchísimo más cerca, pero sobre el silbido del proyectil había descubierto el del motor de un aeroplano. Eso me indicó que no se trataba de un proyectil teleguiado, sino de algún aparato de patrulla que nos había descubierto por casualidad, pero que no tardaría en atraer a sus restantes compañeros. Abriendo un centímetro la puerta percibí el ronquido del motor al remontarse, saliendo del picado, y entonces exclamé:

—¡Fuera de aquí! ¡Ahora es el momento!

Corrimos como locos, sorteando los enormes montones de escombros que obstruían la calle, en dirección a un edificio que había resultado indemne por hallarse al lado del American State, pero en la dirección opuesta a la de su caída, con ánimos de refugiarnos en los sótanos, mas en aquel instante, antes de llegar a la esquina siquiera, el zumbido del aparato volvió a dejarse oír.

—¡Corred!. Yo me quedo aquí. Voy a ver si derribo ese avión.

Me obedecieron, comprendiendo al instante mi idea. Me volví, arrodillándome y enfocando al aparato, picando de nuevo a unos tres mil metros de altura, en la cruz del visor telescópico que me aproximó su imagen como si estuviera a unos cien metros de distancia.

Pero en el mismo momento en que hada la puntería, los cabellos se me erizaron de terror.

¡Una bomba había sido disparada en aquel preciso instante y se precipitaba a enorme velocidad sobre el sitio en que me hallaba!

Mi dedo índice oprimió el gatillo. A la desesperada, puesto que ya no tenía ninguna esperanza, ni tampoco podía correr para salvarme, dado que la granada sería infinitamente más rápida que yo, y me alcanzaría antes de haber caminado media docena de pasos, desintegrándome en su estallido infernal.

Dirigiéndose hacia la bomba, un torrente de balas le salió al camino, en tanto que, impertérrito, mas sintiendo el cuerpo cubierto de

sudor, continuaba disparando sin cesar, hasta que, de repente, un relámpago iluminó el espacio y una estruendosa explosión dejó oír sus ecos, en tanto que un globo de humo oscuro substituía al fogonazo.

Fui derribado al suelo por la onda explosiva, sintiendo fuertes dolores, pero no me cuidé de ellos. Lo que interesaba era derribar el avión que, después de tambalearse al sentir también los efectos del estallido, había recuperado su estabilidad, y viraba para colocarse de nuevo en posición de tiro.

Esta vez no le dejé lanzar otro proyectil. Media docena de disparos bien dirigidos concluyeron con él, deshaciéndolo en una serie de chispazos procedentes de las bombas que llevaban, que lo convirtieron, a él y a su tripulación, en una nube de impalpables fragmentos de metal.

Me incorporé y corrí hacia el edificio en el que ya me aguardaban los míos. Penetré en él, causándome una sensación extraña el ver el hotel, pues de un lujoso establecimiento de tal índole se trataba, totalmente vacío. Pero, ¡en qué estado! Todo revuelto, muebles derribados, destrozados, cubierto el suelo de papeles y maletas, ropas y utensilios personales abandonados en la precipitación de la huida, dando una penosa idea de la tragedia que debía haber constituido la evacuación.

—Vosotros os quedaréis aquí, refugiándoos en el sótano. Yo iré a buscar materiales para construir un transmisor. Lilí y el niño podrán alimentarse, pues están acostumbrados a los manjares terrestres y en los frigoríficos no dejará de haber algunas latas de conserva.

—Yo iré contigo —dijo el desconocido, y aunque mi primera intención fue oponerme, pronunció las palabras en un tono tal, no imperativo, sino suplicante, por lo que no osé negarme.

—Bien. No sueltes el fusil. Y, cuanto antes, lo hagamos mejor. Estoy seguro de que las II y III Armadas están aguardando únicamente mis órdenes. Ahora verán esos americanos cómo las gastan los marcianos. Han querido hacerme un chantaje a costa de mi mujer y mi hijo, pero les ha salido el tiro por la culata.

En tanto Khyram, su hija y su nieto descendían al sótano del hotel, donde podrían estar a cubierto de cualquier explosión del tipo de las que usaban los terrestres, el otro marciano y yo salimos al exterior, mirando antes al cielo, para cerciorarnos de que no había aviones en él. Hecho esto, comenzamos a caminar a paso ligero, siendo yo el guía, puesto que conocía la ciudad durante el primer mes de mi llegada a la Tierra, en tanto no tuve completa mi falsa documentación.

Realmente era algo extraño caminar por aquellas calles desiertas, resonando, opacamente en medio del absoluto silencio que

los envolvía, los pasos que dábamos. Hacía algo de viento que arrastraba continuamente los papeles tirados que imprimían al lugar un penoso espectáculo de solitaria desolación, en tanto que los numerosos coches abandonados de cualquier forma yacían inmóviles, quietos, esperando en vano la mano de su dueño que los sacara de aquel marasmo.

Pronto hallamos la tienda que deseábamos.

Violentada la puerta fácilmente, cargamos con todo el material necesario para instalar una emisora, incluidas las pilas que suministrarían la energía necesaria para ponerla en funcionamiento, pero, cuando ya estábamos en la calle, algo pasó zumbando, a relativamente poca velocidad, unos tres o cuatrocientos kilómetros a la hora, a cincuenta metros por encima de nuestras cabezas.

El piloto del avión que andaba patrullando, volando entre las altísimas paredes de los rascacielos que dejaban espacio más que suficiente, se dio cuenta de nuestra presencia, puesto que, apenas había pasado por el lugar en que nos hallábamos, inició, acelerando violentamente, un ceñido looping a la salida del cual, soltó una ráfaga de ametralladora, cuyos proyectiles, impactando en el suelo en fulminante *staccato*, levantaron esquirlas del suelo, junto con ligeras nubecillas de polvo.

—Si nos quedamos aquí, el piloto volverá sobre nosotros y nos liquidará con un par de granadas bien dirigidas —presumí.

No obstante, el aviador estaba constreñido a efectuar sus virajes en un plano vertical, si quería seguir viéndonos, por lo que había momentos en los que se encontraba en franca inferioridad con respecto a nosotros, y yo supe aprovechar el momento exacto para enviarle una serie de «recados» que lo borraron de la nómina de la aviación yanqui en un segundo. El resto fue fácil.

Nos costó trabajo adaptar los aparatos terrestres para emitir al espacio exterior y comunicar mis órdenes al mando de las Armadas que se dirigían hacia la Tierra para conquistar lo que faltaba, y una de mis primeras disposiciones fue establecer sobre el hotel en el que había instalado mi Cuartel General una «sombrilla» de aparatos que me protegiesen de todo contraataque enemigo. Reorganicé mi Estado Mayor y pronto estuve a punto para ordenar fuera desencadenada la ofensiva.

Mas antes de causar más víctimas, quise explorar la voluntad del Gobierno de los Estados Unidos, quien, valiente, pero estérilmente, rechazó de plano todas mis indicaciones.

—Volvemos a repetir una vez más que no trataremos con quienes desean extirpar de la Tierra toda forma de civilización.

Tenía que cambiar aquellos cerebros rectores, pensé. Eran unos solemnes zoquetes y no comprendían el alcance de mi misión,

por lo que, sin vacilar, comencé a disponer sobre un gigantesco mapa de los Estados Unidos, colocado en el hall del hotel, seguro de que no podrían bombardearnos a causa de la protección instalada, y que no cesaba un segundo, la marcha de las operaciones, idéntica en un todo, con la sola variación de los nombres de las ciudades, a las que se habían desarrollado en Rusia, ya a punto de pacificarse en aquellos momentos.

A pesar de todo, los americanos nos dieron más trabajo que los otros. La invasión duró casi una semana, debiendo avanzar tenazmente, barriendo literalmente del suelo las tropas enemigas que morían clavadas en el suelo, antes que ceder un palmo. Pero, al fin, el pánico comenzó a cundir en los soldados, al ver que todos sus heroicos esfuerzos resultaban inútiles y comenzaron a producirse las deserciones en masa, así como las rendiciones de ejércitos enteros.

—San Francisco ha sido ocupado. Todos los soldados americanos están arrojando las armas —dijo el comandante de la XXXI Escuadra.

—San Diego y su arsenal, con sus factorías es tierra de Marte ahora —anunció con justificado orgullo el jefe de la XLV Escuadra.

San Luis; Pittsburgh, triple en importancia que Magnitogorsk; Kansas City; Chicago; Detroit; todas las bases de aviones y cohetes teledirigidos del SO. de la Nación que estábamos invadiendo; hasta la misma capital federal, fueron cayendo sucesivamente en nuestras manos.

Mis oficiales de enlace no cesaban de pasarme partes con incesantes anuncios de victoria. No faltaron grupos de suicidas, que nos causaron importantes pérdidas; pero, al fin, lentamente la resistencia organizada fue cesando. Y llegó el momento en que un grupo de americanos, con una enorme bandera blanca en el centro, se dirigió hacia mi Cuartel General.

Mi desconocido ayudante fue el primero en anunciarme la buena noticia y, después de siete días de no descansar, de no alimentarme apenas, sucio, con barba que me obscurecía el rostro, con los ojos hinchados de no dormir, recibí a la misión que venía a ofrecer la entrega incondicional de la nación.

—No podemos resistiros —dijo el propio Presidente en persona, en favor del cual hay que reconocer que no quiso delegar en nadie la humillación que suponía el reconocer su propia impotencia y pedir la paz—. Sois más fuertes que nosotros y venimos a entregarnos en vuestras manos, confiando en vuestra benevolencia.

—Hacéis bien —le dije, un tanto emocionado. Al cabo de cinco años recibía mi premio, pero no sabía todavía que aún me esperaba algo mejor—. No queremos nada de vosotros. No queremos esclavizaros. No os pediremos ninguna indemnización. No. En Marte

no necesitamos nada de lo que acabo de mencionar. Solamente queremos que os integréis en el sistema solar, con la plena garantía de que la energía atómica será usada para fines pacíficos, entre los cuales se cuenta aquello que perseguís desde hace años, yo diría que siglos: la astronavegación. Confiad, pues, en nuestra clemencia. No os defraudaremos, y ahora, señor Presidente, si lo desea, puede dirigir un mensaje a la Nación, repitiendo las palabras que acabo de mencionar.

Así lo hizo, en tanto que para mí, en aquellos momentos, la mejor recompensa, más que los vítores y jubilosos gritos de mis hombres, eran los labios de mi esposa y los bracitos de Tommy.

Durante el viaje de regreso a Marte —el Consejo Supremo había ordenado mi vuelta para honrarme y concederme la recompensa merecida—, se me ocurrió preguntarle a Lilí —no me acostumbraba a llamarla por su nombre verdadero, Khyria—, algo que me quedó sin respuesta en cierta ocasión:

—¿Por qué dijiste que podía haber sabido por mí mismo, sin necesidad de preguntas, que eras también de Marte?

Se sonrojó y sonrió deliciosamente al contestarme:

—¡Tonto! Los americanos recién casados cogen a su mujer en brazos para entrarla en su nuevo hogar. Pero a ti no se te ocurrió esa idea. Hubieras visto que mi peso no era el correspondiente a mi figura.

Tenía razón. ¡Qué idiota había sido! Pero ¿y Tommy? A éste sí le había cogido muchas veces, de pequeño, en brazos. Y no había notado nada.

—Es que él nació ya adaptado a la gravedad terrícola, Jadhuz —me explicó Lilí, aclarándome aquel pequeño enigma.

Pero mi recompensa, aquella que he mencionado, la tuve en el momento que, abierta la puerta de la astronave, nos dispusimos a desembarcar en tanto que el rumor de las aclamaciones de mi pueblo se elevaba estruendosamente. Nadhuzia, mi madre, por privilegio especial, fue la primera en avanzar hacia mí, mas contra lo que esperaba, sus brazos no me estrecharon, sino que se dirigieron hacia un hombre que había detrás de mí.

—¡Nadhuz! ¡Esposo mío!

Entonces comprendí todo. Comprendí la abnegación del desconocido marciano hacia el que había sentido tanta simpatía. Era lógico que no le reconociera, pues había partido para su misión siendo yo muy niño. Pero...

—¿Por qué no me dijiste que eras mi padre? —le pregunté al cabo del tiempo.

—No quería que, sabiéndolo, te sintieras cohibido en mi presencia. Eras tú, ya que yo había fracasado, quien debía devolverme, aunque indirectamente, el buen nombre perdido. Que

toda la gloria de la conquista de ese planeta recaiga sobre ti, hijo mío.

Y yo se la he transmitido a mi mujer y a mis descendientes, porque Tommy tuvo media docena de hermanitos más.

FIN